

BIBLIOTECA SELECTA
CRISTOBAL SCHMID

LA CRUZ DE MADERA

54



Ramon Sopena - Editor

Provenza 93-97 - Barcelona

12-90
C-1
Hia



00037883

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

FR. VICENTE DE PERALTA

O. M. CAP.

Barcelona, 25 de Junio de 1926

Imprimase,

José, Obispo de Barcelona.

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena,

Canciller-Secretario.

BIBLIOTECA SELECTA

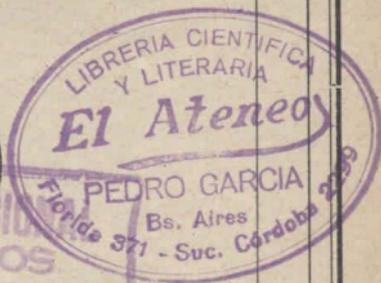
C. SCHMID X

LA CRUZ DE MADERA

LA LUCIÉRNAGA

VERSIÓN CASTELLANA DE
F. CABAÑAS VENTURA

29.158



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

LA CRUZ DE MADERA

I

LA CATEDRAL.—ORACIONES DE UNA HUÉRFANA

La señora de Linden, descendiente de una antigua y opulenta familia, habíase retirado al campo desde la muerte de su marido, y residía en una quinta situada en una risueña y tranquila comarca.

Por la dulzura de su carácter, por su sincera piedad y por la caridad que ejercía con los necesitados, habíase granjeado la estimación y el respeto de todos los habitantes de los alrededores.

Importantes asuntos lleváronla a la capital, donde permaneció algunas semanas, y la víspera de su regreso, quiso dar por la tarde un paseo por las cercanías de la ciudad. Era domingo, un magnífico día de primavera, tanto más agradable, cuanto que le habían precedido largas lluvias.

Los habitantes de la ciudad abandonaban sus viviendas, y salían alegremente al campo, luciendo sus trajes domingueros, para gozar mejor de aquella her-

mosa tarde. La señora de Linden siguió el movimiento general y proponíase, de paso, visitar a una amiga suya para rogarle que la acompañase, cuando, al hallarse delante de la catedral, se le ocurrió de pronto el pensamiento de entrar en ella. Creyó que era el momento más a propósito para contemplar a sus anchas aquella maravilla de la arquitectura gótica, puesto que a tales horas no molestaría a los fieles que estuviesen entrega-



dos a sus piadosos actos, ni la molestarían a ella en su examen.

Penetrada de religioso respeto, entró por la puerta principal en la hermosa y santa basílica, arrodillóse en el reclinatorio más próximo, y oró un rato con profundo recogimiento.

Cuando hubo terminado, se levantó y encaminóse por la gran nave, deteniéndose casi a cada paso para examinar las maravillas de arte que encerraba el templo.

Al entrar en una capilla lateral, la señora de Linden vió a una muchacha de unos diez años, arrodillada en

las gradas del altar, vestida de luto y sola. Con las manos juntas y clavados los ojos en la santa imagen, oraba la niña con tanto fervor, que no advirtió que alguien se colocaba a su lado. Por sus sonrosadas mejillas rodaban gruesas lágrimas que semejaban perlas; su gracioso rostro respiraba inocencia, y reflejaba dolor y resignación.

Al ver a la llorosa muchacha, la señora de Linden conmovióse profundamente, y, no queriendo molestarla en su devoción, esperó en silencio. Cuando se levantó, acercóse a ella y le dijo con amabilidad:

—Parece que estás muy afligida, querida niña, porque te he visto llorar mucho. ¿Qué mal te aqueja, hija mía? ¿Cuál es la causa de tu pesadumbre?

—¡Ay! — respondió la muchacha, y nuevas lágrimas corrieron por su rostro—. Motivos tengo para llorar y estar afligida, señora: ¡hace un año que tuve la desgracia de perder a mi padre, y hoy hace ocho días fué sepultada mi pobre madre!

—¿Y qué pedías a Dios en tus fervorosas oraciones? — continuó la señora.

—Le he pedido que se apiade de mí — respondió la niña—, porque no tengo más refugio que Él. Aun vivo en el cuartito que mi madre ocupaba; pero no puedo permanecer más tiempo en él, según me ha dicho el propietario, porque no tengo dinero para pagarle los meses de alquiler vencidos. ¿Qué será de mí? ¿Dónde encontraré asilo?

—¿No tienes parientes que te protejan?

—Tengo algunos en esta ciudad, pero ninguno puede recogerme, porque todos tienen familia y son pobres que necesitan trabajar para vivir. ¡Conque ya ve usted...!

—¡Pobrecita! — exclamó la señora de Linden—. Ya no me extraña que estés tan afligida.

—Verdaderamente, señora, estaba muy triste cuando vine a la iglesia; pero Dios ha atenuado el pesar que tenía en el corazón y ahora me encuentro más tran-

quila. Deseo trabajar dondequiera, pues, aunque sea en un hospicio, no me consideraré desgraciada.

Las palabras de aquella pobre niña y el candor e inocencia que brillaban en sus ojos preñados de lágrimas, enternecieron a la noble señora, quien, mirando a la huérfana como una madre cariñosa, le dijo :

—Dios te ha oído, hija mía. Conserva tus virtuosos sentimientos, persiste en tu buen propósito, sé siempre discreta y piadosa, y desecha toda inquietud. Dame la mano y ven conmigo, porque eres digna de que te socorran.

La muchacha miró a la señora con sorpresa, y preguntó :

—¿Adónde quiere usted conducirme? No me atrevo a seguirla, porque ya es tarde y he de regresar a casa.

—Conozco al digno sacerdote que atendió a tu madre durante su enfermedad — repuso la señora de Linden—, y voy a llevarte a su casa, porque deseo ponerme de acuerdo con él respecto a lo que más te convenga.

Y, dichas estas palabras, la caritativa señora tendió bondadosamente la mano a la niña, que la siguió muy complacida.

II

EL BUEN SACERDOTE

Era el digno sacerdote una persona de rostro venerable, santidad apostólica, virtudes cristianas, sencillas costumbres, vastos conocimientos, y, ante todo, de inagotable caridad, por todo lo cual era venerado por todos sus feligreses.

Al entrar en su casa la señora de Linden, que llevaba de la mano a la niña, el bondadoso sacerdote, que estaba escribiendo, levantóse al momento para saludar a la noble dama. Refirió ella su reciente encuentro con

la muchacha ; y, después de hacer que ésta se alejara por un momento, dijo :

—Señor cura, tengo el propósito de encargarme de esa chiquilla y servirle de madre. Soy viuda, mis hijos murieron todos muy pequeñitos, y el corazón me dice que podría amar tiernamente a esa pobre huérfana ; pero, antes de decidirme, deseo consultarlo con usted, que conoce a la muchacha y conoció a sus padres. Tenga, pues, la bondad de decirme qué opina de mi proyecto. ¿ Cree que esa niña merece la protección que me propongo dispensarle ? ¿ Qué me aconseja ?

El sacerdote, levantando al cielo las manos juntas y los ojos, en los que brillaban lágrimas de júbilo, exclamó :

— ¡ Bendita y alabada sea por siempre la divina Providencia ! ¡ Oh señora ! Aseguro a usted con gran satisfacción que no podría hacer mayor obra de caridad, y que a duras penas hallaría criatura más digna de sus beneficios, porque Sofía es dócil y discreta. Sus padres eran personas muy honradas, que siempre se distinguieron por sus excelentes prendas y por su conducta ejemplar. A esa muchacha, su única hija, le dieron esmerada educación, y es lástima que no tuvieran tiempo para acabar lo que tan bien habían empezado. Jamás podré olvidar la inquietud con que en sus últimos momentos contemplaba la pobre madre a su amada hija, quien lloraba desconsolada junto al lecho de muerte. Con expresión de confianza levantó los ojos al Cielo y recomendó a Dios que cuidara de su hija, diciendo : « Dios Todopoderoso, tú serás su padre y protector, y, en la confianza de que no la has de abandonar, muero tranquila acerca de su suerte. » Los votos de aquella virtuosa mujer han sido oídos, y Dios ha inspirado a usted la idea de visitar la catedral para que encontrara a esa pobre e interesante huérfana. Esto, indudablemente, es obra de Dios. ¡ Bendita y alabada sea por siempre su divina Providencia !

Luego, el venerable sacerdote llamó a la pobre huérfana, y le dijo :

—Escucha, Sofía : esta señora quiere ser tu segunda madre, lo que no es sino un inmenso beneficio que Dios te dispensa. ¿Consientes en seguirla y prometes respetarla y amarla como una hija sumisa y cariñosa?

—¡ Oh ! sí — respondió Sofía, enajenada de gozo y llorando de alegría.

Las lágrimas no le permitían hablar ; pero con las miradas testimoniaba su gratitud a la noble dama, cuyas manos estrechaba, cubriéndolas de besos.

Al día siguiente llamó el sacerdote a los tíos y primos de la niña para notificarles el proyecto que tenía la señora de Linden de adoptar a la huérfana, y todos los parientes manifestaron gran alegría al informarse de tan fausta nueva, a la que prestaron su consentimiento en debida forma. Su satisfacción subió aún de punto cuando la señora de Linden declaró que tomaba a la niña con lo que tenía puesto y que les cedía el ajuar con toda la modesta herencia de los padres, como también los demás vestidos de Sofía.

Esta manifestó deseos de conservar, como piadosa memoria, algunos libros de devoción que sirvieron a su madre, e inmediatamente le fueron entregados.

A la mañana siguiente, tan pronto como hubo amanecido, subió la señora de Linden con Sofía a su coche y emprendió el camino de regreso a su quinta.

III

LA GENEROSA BIENHECHORA

Hacia ya largo rato que el sol había desaparecido del horizonte cuando la señora de Linden y Sofía llegaron a la quinta, que, en lo sucesivo, había de ser su residencia.

Como la bondadosa señora era esperada, encontró preparada la cena.

La señora sentóse a la mesa, hizo sentar a Sofía a su lado, y le ofreció de todos los platos que se sirvieron. Luego, la condujo a una pieza reducida, pero muy linda, contigua a su propio dormitorio.

—Este será desde ahora tu aposento. Siendo ésta la primera noche que vas a pernoctar en él, debes rezar con gran fervor, a fin de consagrar a Dios la habitación que en lo sucesivo has de ocupar, y rogarle que no te abandone y bendiga tu permanencia en mi casa. ¡Adiós, hija mía, buenas noches, y no te olvides de apagar la luz!

La gran bondad de su bienhechora, y más aún la paternal solicitud de Dios para con ella, inundaron de gratitud el corazón de Sofía, quien rezó fervorosamente y se durmió con las manos juntas y los ojos bañados por lágrimas de enternecimiento.

Como la pobre muchacha había vivido con sus padres en la ciudad, en una calle angosta y oscura, en un miserable desván, donde nunca penetraban los rayos del sol, quedóse alegremente sorprendida a la mañana siguiente cuando, al despertar, se encontró en aquella magnífica quinta, donde el sol iluminaba su ventana y donde todo parecía sonreírle.

Sofía se apresuró a levantarse, rezó su oración matinal, se vistió, se asomó a la ventana y quedóse extasiada ante el espectáculo, nuevo para ella, que a sus ojos se ofrecía. El campo desplegaba todas las galas de la primavera. El huerto, situado al pie de la quinta, ostentaba plantas y legumbres que recreaban la vista con sus variados matices de verdura, y por doquier perfumaban el ambiente una infinidad de flores policromas. Allá, en la colina, extendíase el verjel, cuyos árboles estaban tan cargados de flores, que las ramas se inclinaban bajo su peso. A varias distancias y en lontananza, distinguíanse algunos lindos lugarejos de blan-

casas y puntiagudos campanarios; campos de labranza, risueñas praderas, coronadas de colinas cubiertas de viñedos, y pomposos bosques, formaban un rico y variado paisaje que daban a la comarca un aspecto extraordinariamente encantador.

Ante el maravilloso espectáculo de la Naturaleza, Sofía cayó de hinojos y dió de nuevo gracias al Cielo por haberla conducido a una morada tan agradable.

La dueña de la quinta fué realmente para la huérfana una madre cuidadosa y tierna, a quien Sofía llegó a profesar verdadero cariño, y a quien, procurando adivinar en sus ojos sus menores deseos, se apresuraba a complacer. Muchas veces, antes de que la señora de Linden acabase de decir lo que deseaba, corría Sofía a buscar el objeto pedido, y por esto y por ser muy piadosa, dócil, cándida y modesta, su madre adoptiva la amaba cada día más.

La bondadosa señora había fundado en las cercanías de la quinta una escuela para los niños del lugar, que, gracias a sus beneficios, se sostenía perfectamente, y, aunque Sofía sabía ya leer y comenzaba a escribir y calcular regularmente, la señora de Linden la enviaba a ella diariamente para que se perfeccionara.

La muchacha distinguióse en seguida por su aplicación, docilidad y buen juicio, haciendo rápidos adelantos en cuanto la enseñaban. Como los demás niños del lugar, recibió educación religiosa del cura de la aldea, clérigo venerable que visitaba la escuela casi todos los días y era verdadero amigo de la infancia. Sofía no sólo era la más asidua y atenta al catecismo, sino que, además, practicaba en la quinta los buenos preceptos que le enseñaban.

Durante las horas de asueto, Sofía trabajaba, hasta donde se lo permitían sus fuerzas, en la cocina y en el huerto, tanto para familiarizarse con todas las pequeñas faenas de una casa, como para contraer desde la niñez el hábito del trabajo. Cuando todas las faenas quedaban

hechas, la señora de Linden, deseosa de completar la educación de su protegida, le enseñaba a hacer calceta, a bordar, coser, marcar la ropa blanca, y todas esas labores que debe saber una buena ama de gobierno. La conversación siempre instructiva e interesante de la noble dama desarrollaba la inteligencia de Sofía, rectificaba su juicio, y le inspiraba amor al orden y al aseo, cualidad que debe tener toda ama de casa, que desea mantener la limpieza y el arreglo en su hogar.

La señora de Linden hizo vestir a la huérfana con decencia, pero sencilla y modestamente, conforme correspondía a la clase modesta de Sofía.

—No conviene — decía la piadosa bienhechora — acostumbrarnos a vestir de un modo superior a nuestra condición, porque, si la hija de un modesto artesano usa trajes lujosos, los hombres de su clase la hallarán demasiado elegante para ellos, y los de las clases superiores la considerarán un partido inferior a sus pretensiones, y a ella le será difícil encontrar marido.

Bajo la acertada dirección de tan prudente preceptora, Sofía, que con su humilde vestido era la imagen perfecta de la inocencia y de la modestia, crecía en discreción y cordura, y, como el aliento impuro de las pasiones no turbaba su espíritu, manteníase fresca y bella como una rosa, hasta el extremo de que algunas señoritas nobles, ricamente ataviadas, envidiaban las gracias naturales de esta modesta y encantadora niña.

IV

LA HUÉRFANA AGRADECIDA

Diez años llevaba Sofía viviendo tranquila y feliz al lado de la señora de Linden, cuando ésta cayó enferma. La joven cuidó en tan triste circunstancia a su



bienhechora con tanto afán y amor como si se hubiera tratado de su propia madre.

Su solicitud por la amada enferma le inspiraba cuidados, atenciones y obsequios sumamente delicados, hasta en las cosas más insignificantes. Le hablaba con tanta dulzura y andaba tan suavemente, que nunca incomodó a la buena señora, quien siempre deseaba tenerla a su lado y ser asistida por ella.

Sofía pasaba noches enteras sentada en un sillón junto al lecho de la enferma, y, si a veces la rendía el sueño, bastaba el más ligero movimiento para despertarla, apresurándose ella entonces a acercarse a su bienhechora para saber lo que quería o adivinar sus deseos. Aunque la enfermedad de la señora de Linden fué muy larga, Sofía no se cansó jamás de prodigarle los más tiernos y solícitos cuidados.

La señora de Linden, apreciando en su justo valor, esta conducta verdaderamente filial, bendecía el día en que se encargó de la joven.

Sucedió, pues, que, cierta noche de invierno muy fría y rigurosa, la enferma pidió una taza de te. Apresuróse Sofía a ir a la cocina, y, para no molestar a nadie ni perder tiempo, encendió lumbre y preparó ella misma la deseada infusión; pero, cuando la llevó, la joven estaba tiritando de frío. Bebió la señora el te, y, al devolver la taza, dijo a su cariñosa y solícita enfermera:

—Querida Sofía, me cuidas con tanta ternura y te desvelas tanto por servirme como si yo fuera tu verdadera madre. Dios te bendecirá, y yo no dejaré de recompensarte. Aunque el amor filial no puede valuarse en dinero, deseo probarte que no soy ingrata, y he pensado en ti al hacer testamento; te lego una suma suficiente para tu subsistencia y para tomar estado. Después que yo muera, conocerás mis disposiciones.

Sofía, llorando, rogó a su bienhechora que no hablase de aquel doloroso trance; pero la bondadosa señora contestó:

—No llores, hija mía, porque la muerte no es tan pavorosa como parece. Indudablemente es una amiga severa; pero, al fin, es amiga que nos libra de las miserias terrenas y, sacándonos de la prisión en que sufrimos, nos abre las puertas de un mundo mejor. Me regocija por anticipado la idea de ver en breve a ese Dios infinitamente bueno a quien sólo conozco por la fe. Prosigue, querida Sofía, siendo piadosa de corazón; no te apartes jamás del camino de la virtud; ama con toda tu alma al divino Salvador, que murió crucificado por redimir a todos los pecadores; practica constantemente el bien, huye del mal, y la muerte no será para ti penosa ni amarga.

La moribunda no pudo proseguir su edificante discurso a causa de su extremada debilidad.

Sin embargo, aun pudo la afligida Sofía oírle murmurar estas palabras: *Señor, en tus manos entrego mi espíritu.*

La señora de Linden cerró los ojos y cayó en una especie de postración, que, si no era todavía la muerte, se le parecía mucho.

Sofía, vivamente inquieta, despertó a todos los de la casa y envió a buscar al cura, quien le administró los últimos sacramentos, y se quedó junto a su lecho rezando las oraciones de los agonizantes.

Una hora después, la virtuosa señora abandonaba este valle de lágrimas y entregaba su alma a Dios.

Sofía lloró tan amargamente como había llorado cuando perdió a su propia madre.

V

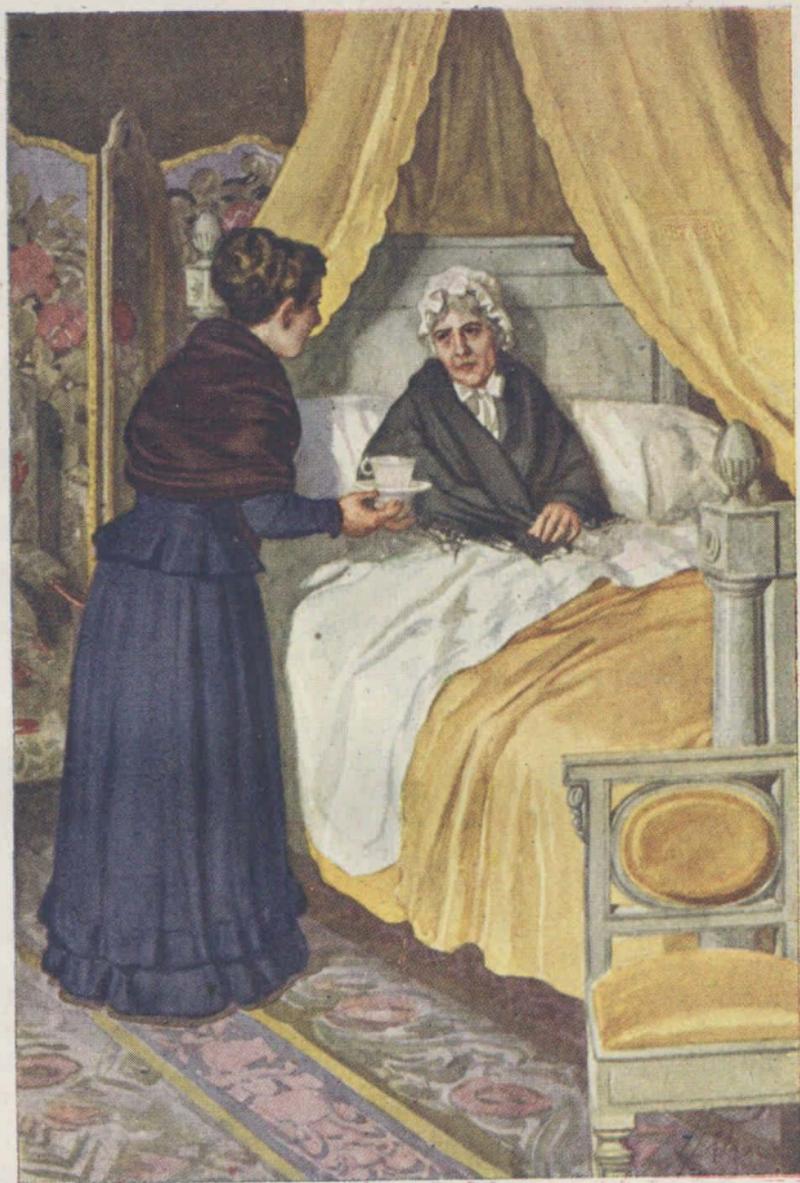
LA HERENCIA

Como la señora de Linden era venerada en todo el país y todos los pobres del contorno habían recibido de ella muchos beneficios, el entierro y los funerales fueron una grandiosa manifestación de duelo a la que concurren personas de todas las clases sociales.

Terminada la triste ceremonia, reunióse la familia para oír la lectura del testamento, que obraba en poder de un notario y, efectivamente, conforme le había dicho en vida, la excelente señora legaba a Sofía la cantidad de dos mil escudos, que le serían entregados el día en que contrajese matrimonio y cuya renta debía empezar a percibir en seguida.

Sofía tenía, además, derecho a elegir entre las joyas de la difunta, *previa madura reflexión*, el objeto que más le agradase.

Algunos parientes de la señora de Linden quedáronse con la boca abierta al enterarse del cuantioso legado hecho por la difunta a una niña pobre a quien había recogido en su casa por caridad, y murmuraron en voz alta; pero lo que más afligió a las señoritas, parientas



Bebió la señora el te, y, al devolver la taza, dijo a su cariñosa y solícita enfermera: (Pág. 15).

de la señora de Linden, fué la facultad que tenía Sofía de elegir una alhaja entre los varios objetos que habían pertenecido a su tía, temiendo ya perder una de las joyas más preciosas.

El día señalado para la elección, una de aquellas señoritas, deseando influir en el ánimo de Sofía, le dijo con afectada amabilidad :

—Oye, querida, debes elegir este hermoso vestido que nuestra tía se puso muy pocas veces ; está muy bien hecho y te sentaría perfectamente. Dios sabe lo que costó, porque es de una tela riquísima, y puede ser algún día tu vestido de boda.

Pero el señor de Hagen, antiguo oficial retirado, hombre franco y leal, que era uno de los parientes de la señora de Linden, tomó la palabra y dijo :

—No traten de engañar a esa pobre niña ; ese vestido no conviene a una doncella de su edad y condición. Además, ésa no es cuenta de ustedes ; ella es quien debe elegir.

Las jóvenes se enfadaron con él ; pero no desistieron de inducir a Sofía a tomar un objeto de escaso valor, cuyo precio exageraban.

Sofía, casi aturdida por tantos y tan contradictorios consejos, mostróse perpleja acerca de la joya que había de elegir, hasta que intervino uno de los albaceas, diciendo :

—Sofía es una pobre huérfana, y debo defender sus intereses. En la sucesión hay alhajas en oro y piedras preciosas de sumo valor, y como la intención de la señora de Linden está bien claramente expresada en el testamento, esta joven debe elegir un objeto precioso que pueda sacarla de apuros si algún día llega a verse necesitada. Por eso, su bienhechora, en la cláusula testamentaria en que le hace el legado, le recomienda que lo reflexione maduramente y no se precipite. Es preciso, por consiguiente, darle tiempo para pensarlo, y para

que consulte con amigos prudentes. Mañana nos dirá el objeto que prefiere, y se lo entregaremos.

Después de esta declaración del honrado notario, se disolvió la junta; pero algunos de los herederos expresaron su disgusto con murmullos que hacían temer que al día siguiente hubiera serias disputas.

Sofía estaba indecisa, especialmente a causa de los muchos y variados consejos de los criados de la quinta, que no cesaban de recomendarle que eligiese el objeto o la joya que cada cual encontraba más de su agrado, designándole cada uno una alhaja diferente.

En cambio, el viejo hortelano sostenía que el retrato de la señora de Linden, lindísima miniatura, encerrado en un medallón, era el objeto que más convenía a Sofía, como recuerdo; pero, como este medallón estaba enriquecido con una multitud de diamantes, afirmaban los herederos que era imposible que la señora de Linden hubiera pensado en hacer semejante donación a la hija de un oscuro plebeyo.

Al día siguiente, cuando los herederos se reunieron de nuevo, el notario y el juez de paz habían ya recogido y colocado sobre una mesa, cubierta con un tapete verde, todas las joyas de la difunta: alfileres para los cabellos, arracadas de piedras preciosas, cadenas de oro, brazaletes, una sortija de diamantes, un collar de perlas y el rico medallón.

—Examine usted—dijo el notario a Sofía—todos estos objetos y elija el que más le agrada, pues nadie tiene derecho a oponerse. Consulte usted solamente su gusto.

Sin embargo, la mayoría de los herederos, irritados al oír las observaciones hechas a la huérfana, parecían dispuestos a disputarle todos los objetos de cierto valor, llegando algunas señoritas a lanzarle miradas preñadas de amenazas.

El generoso corazón de Sofía se afligió profundamente al ver tanto egoísmo y tan ruin codicia en el áni-

mo de los parientes de la virtuosa señora de Linden, pareciéndole que era una ofensa a su memoria.

Deseando poner término a aquel escándalo, dijo la modesta joven :

—Señoritas, poco me importan los objetos de gran valor pecuniario. La más insignificante bagatela, con tal que haya pertenecido a mi bienhechora, será a mis ojos de un precio inestimable. Mi querida señora fué muy bondadosa conmigo, dignándose asegurar mi porvenir con el legado de una crecida suma, y jamás me habría atrevido a ambicionar mayores pruebas de su generosidad, si ella misma no hubiese manifestado su voluntad respecto a este punto ; pero ya que, según el testamento, soy dueña de elegir, ruego a ustedes que me entreguen la crucecita de madera que besaba en su agonía y que inundaba de lágrimas cuando pasó a mejor vida. Ésa será para mí la joya más preciosa, porque me recordará las postreras exhortaciones que me dirigió cuando la palidez de la muerte cubría ya sus labios. Si, como me propongo, logro seguir fielmente sus discretos consejos, fácilmente pasaré sin oro y pedrerías, porque muchas veces me dijo, y no lo olvidaré jamás, que para el cristiano hay tesoros superiores a todos los de la tierra. ¡Ojalá me acompañe siempre la bendición de mi bienhechora !

Los parientes de la señora de Linden, asombrados y sumamente satisfechos de la elección, se apresuraron a acceder a la demanda de Sofía, tributándole grandes elogios por haber dado, con su elección, una brillante prueba de piedad y de sincero cariño a su noble señora ; pero en su fuero interno se rieron y burlaron de su falta de ambición.

Sofía guardó cuidadosamente en su armario el pequeño crucifijo de madera, que desde luego consideró como el objeto más precioso que poseía. Al contemplarlo recordaba con satisfacción que, por amor a la paz, había elegido esta bagatela, mientras que la ávida codi-

cia de las nobles parientas de la difunta había originado largos y tristes altercados cuando se trató de repartir las alhajas, ocasionando más disgustos y pesares que satisfacciones.

VI

UNIÓN DICHOSA

Un año antes de la muerte de la señora de Linden, el hijo del hortelano de la quinta, que era un mozo honrado, de excelente carácter y de irreprehensibles costumbres, había manifestado deseos de contraer matrimonio con Sofía.

El joven, que no tenía madre, confió su designio a su progenitor, y el anciano, aprobando tan acertada elección, se apresuró a poner el hecho en conocimiento de la señora de Linden.

Después de explorar ésta la voluntad de la huérfana, respondió que Sofía y ella aceptaban de buen grado el enlace que se les proponía.

—Usted ha educado perfectamente a su hijo — dijo—, enseñándole a temer a Dios y a ser hombre de bien y habituándolo desde la niñez al orden, al trabajo, a la probidad y a la templanza. Por lo tanto, no hay inconveniente en que se celebre ese casamiento, sino que, por lo contrario, acepto con mucho gusto la proposición de usted; pero todavía es muy pronto para que renuncie usted a su empleo y ceda su plaza de hortelano. Conviene que Guillermo dedique algunos años a perfeccionarse en el arte que profesa, y en que de poco tiempo a esta parte ha hecho tan grandes adelantos, a cuyo fin debe enviarlo a algunas ciudades populosas, donde encontrará maestros que le enseñen cuanto debe saber un jardinero u hortelano de una casa principal. Cuando vuelva dentro de dos o tres años, si él y Sofía no han variado de modo de pensar y Dios me conserva

la vida hasta entonces, tendré sumo placer en asistir al enlace de los dos jóvenes.

Esta prudente contestación satisfizo por completo al viejo hortelano, a Guillermo y a Sofía. La señora de Linden costéó el viaje del joven, a quien entregó, además, una carta de recomendación para el primer jardinero del príncipe, y, provisto ya de cuanto necesitaba, Guillermo se puso en camino.

Cuando la señora de Linden hubo dejado de existir, Sofía aceptó el ofrecimiento que le hizo el viejo hortelano de que fuera a vivir a su casa, y al cabo de un año regresó Guillermo, quien, como la huérfana, sintió muchísimo que la bondadosa protectora de ambos no pudiera asistir al casamiento.

Y como todo llega, al fin, en la vida cuando debe llegar, también llegó el momento en que los jóvenes vieron satisfechos sus deseos, recibiendo la bendición nupcial.

Al salir de la iglesia después de la ceremonia, Guillermo y Sofía fueron al campo santo y se arrodillaron ante la tumba de su bienhechora, sobre la que el joven jardinero había plantado una infinidad de flores.

Allí, ambos esposos, con el alma acongojada, derramaron lágrimas de amargura y de gratitud y rogaron una vez más por el descanso eterno de su bienhechora.

Como ambos eran muy piadosos, se amaban mutuamente y estaban acostumbrados desde niños a reprimir la obstinación, los caprichos, los arrebatos de ira y demás defectos que amargan la vida y perturban las familias, su unión no podía menos de ser feliz. Prodigaban a su anciano padre todos los cuidados imaginables, lo trataban con tanto respeto como ternura y aprovechaban todas las ocasiones para testimoniarle su amor.

El bondadoso anciano tuvo la suerte de poder acariiciar a sus nietos, el primero de los cuales fué un varón, a quien bautizaron con el nombre de Federico, en honor de su abuelo. El segundo fué una niña, a la que

pusieron el nombre de Teresa, en memoria de la señora de Linden.

La satisfacción del abuelo era extremada cuando hacía saltar a sus nietos sobre sus rodillas, o cuando los llevaba en brazos.

No había en todos los contornos otra familia que fuera tan feliz como la del joven jardinero Guillermo; pero, como el mundo no es sino un valle de lágrimas y nadie está completamente exento de pesares, la dicha



de los jóvenes esposos tuvo también sus contrariedades. Efectivamente, pocos años después de haber contraído matrimonio Guillermo y Sofía, falleció el anciano padre, dejando sumidos en el más profundo desconsuelo a los jóvenes esposos, que lo amaban tiernamente.

Más adelante, un día en que Guillermo estaba podando un árbol, perdió el equilibrio, cayó al suelo, se rompió un brazo y se magulló todo el cuerpo. Sus heridas no fueron mortales; pero sufrió durante mucho tiempo y se quedó, al fin, inútil para toda su vida, por

lo que se vió obligado a renunciar a su empleo de jardinero.

Los nuevos propietarios de la quinta sólo le concedieron una pensión cortísima y un poco de trigo y de leña ; pero le obligaron a salir en seguida de la casa que ocupaba, para que la habitase su sucesor.

Esta nueva desgracia afligió mucho al pobre Guillermo, que se quedó sumamente desconsolado.

Deliberaron los dos esposos respecto a la resolución que debían adoptar en la penosa circunstancia en que se encontraban, y acordaron, al fin, comprar una casa en la aldea y abrir una tienda de mercería, donde los campesinos pudieran proveerse de cuanto necesitaban.

—La debilidad de mi brazo — decía Guillermo — no me impedirá ocuparme en las menudencias de un comercio de esa clase. Además, sé escribir y contar correctamente, lo que me será muy útil. Estoy muy agradecido a mi buen padre por haberme enviado tan puntualmente a la escuela.

—Perfectamente—respondió Sofía—, y yo, sin descuidar mis labores domésticas, confío también ganar alguna cosa cosiendo y bordando, cosas que hago con cierta habilidad, gracias a la señora de Linden.

Había precisamente en la aldea una casa en venta, y, aunque estaba muy destartada, resolvieron adquirirla y repararla ; pero la compra, los gastos de reparación y la tienda que habían de abrir exigían una suma bastante crecida. Además, la curación de Guillermo había sido muy costosa, y, para atender a ella, el matrimonio había contraído deudas que era preciso pagar.

Los dos mil escudos de la dote de Sofía estaban colocados en casa de un comerciante de la vecina ciudad, a quien fué Guillermo a notificar que deseaba retirar la mitad del capital ; pero aquél se negó terminantemente a entregarle en seguida dicha suma, porque, según el contrato, no estaba obligado a hacer ningún reintegro hasta el año después de la demanda.

Esta negativa puso a Guillermo y Sofía en tan grave aprieto, que casi estuvo a punto de hacer fracasar su proyecto; pero sacólos del apuro un rico vecino de la aldea, que ofreció prestarles, mediante interés, la cantidad que necesitaban, y que ellos aceptaron agradecidos.

Obviadas, pues, todas las dificultades, los jóvenes esposos compraron la casa, en la que se hicieron acertadas reparaciones, que la convirtieron en una cómoda y agradable vivienda.

Guillermo, a fuer de ex hortelano, se alegró de tener un huertecito junto a su casa, porque, si bien desde la fractura de su brazo no podía cuidar convenientemente el espacioso huerto de la quinta, tenía aún fuerza suficiente para cultivar el suyo, que era muy pequeño, y, efectivamente, lo hizo tan bien, que pronto hubo en él lozanas legumbres y bellísimas flores.

Guillermo y Sofía habían provisto de buenos y bonitos géneros su tienda, y, como los vendían a precios equitativos, no estafaban en la medida de las telas, recibían a todos los parroquianos con amabilidad, y regalaban casi siempre, especialmente a los niños, alguna fruslería, tuvieron pronto una gran clientela. Entonces pudieron convencerse por propia experiencia de la verdad de estos principios: la probidad inspira y mantiene siempre la confianza y el crédito, y una ganancia módica muchas veces repetida es más segura y provechosa que un beneficio inmoderado.

Y así es efectivamente, porque el comprador que es engañado una vez, no se deja engañar de nuevo y va a comprar a otra tienda cuyo dueño sea más honrado.

Después de los apuros y penas que les habían causado la desgraciada caída de Guillermo, la pérdida de la salud y del empleo, y la adquisición de la casa y del mueblaje, los jóvenes esposos veíanse, al fin, en una posición desahogada, y daban gracias a Dios por haberlos favorecido.

Desde la ventana de su casa veían continuamente la quinta de que los habían despedido, pero no tenían pesar alguno por ello, porque su nueva vivienda y su huertercito eran un verdadero paraíso terrenal.

VII

LA PLEGARIA EN LA AFLICCIÓN

Nada hay en el mundo que sea duradero y especialmente la dicha, porque la vida humana es una ininterumpida serie de penas y placeres, y Guillermo y Sofía no tardaron en convencerse de esta triste verdad.

No bien había transcurrido un año desde la apertura de su tienda, cuando en el momento en que todo les salía a pedir de boca, corrió por la aldea la voz de que el comerciante en cuya casa estaba colocado el dinero de Sofía, había suspendido los pagos y estaba a punto de quebrar. La persona que les había prestado los mil escudos era muy servicial, pero siempre que el beneficio otorgado redundaba en provecho suyo, y, por eso, al saber que el capital de Sofía estaba comprometido y muy probablemente perdido, corrió desalado a su casa para reclamar su dinero. Los dos esposos le ofrecieron como garantía la casa, el jardín y la tienda; pero aquel desalmado, semejante al mal servidor del Evangelio, aseguró que todo aquello no valía la cantidad que había prestado, y se irritó contra el matrimonio, al que dirigió todos los denuestos que la ira puede sugerir a un hombre sin educación y sin delicadeza.

Sofía y Guillermo no merecían ciertamente ningún reproche, porque el acreedor había tenido como ellos confianza en el infeliz comerciante que había suspendido los pagos, puesto que, antes de prestar un maravedí, se había informado de la casa en que estaba colocada la suma, y ellos perdían más que él en la inminente ban-

carrota, si ésta llegaba al fin a declararse. El enojado prestamista no quiso escuchar razón alguna, y, golpeando el suelo con su bastón, afirmó que si el día del vencimiento no recibía los mil escudos, haría vender sin más dilación la casa, los muebles, todos los géneros que había en la tienda y hasta la cama.

La víspera del día fatal, Sofía estaba, si cabe, más triste, y no se atrevía a dar libre curso a su llanto en presencia de su esposo, que ya estaba bastante agobiado de pena, ni en presencia de sus hijos, a quienes deseaba dejar en su venturosa ignorancia. Sin embargo, como su corazón estaba lacerado y el dolor la ahogaba, necesitaba aliviarse dejando correr sus lágrimas y reanimar su valor con la oración.

El crucifijo de madera que ella había preferido a todas las joyas de la señora de Linden, se encontraba sobre la chimenea; lo tomó; llevóselo a un cuartito situado debajo del techo, donde sabía que nadie iría a molestarla; encerróse en él, y sentóse en una silla medio rota, que habían arrojado allí como un trasto inútil.

Apenas se vió sola en aquel apartado lugar, cuando dió rienda suelta a su dolor, largo tiempo reprimido, prorrumpiendo en suspiros y sollozos. Sus manos juntas, agitadas por un movimiento convulsivo, apretaban con fuerza la crucecita de madera, bañándola con sus lágrimas, y un tropel de pensamientos acerbos cruzaban por su mente, creyendo ya oír los pasos de los alguaciles, a quienes se figuraba ver entrar en su casa, embargar los muebles y venderlos en pública subasta.

Sus húmedos ojos, levantados al cielo, fijáronse al fin en la cruz que tenía en las manos, y entonces recordó las sublimes cualidades y los prudentes consejos de su bienhechora; llevóse a los labios la imagen del Salvador, y, postrándose de hinojos, elevó al cielo una fervorosa plegaria, entrecortada por los sollozos.

Cuando cesó de rezar, miró con aire suplicante al crucifijo que tenía en las manos y las copiosas lágrimas



...dió rienda suelta a su dolor, largo tiempo reprimido... (Pág. 26.)

que de sus ojos manaban anublaron su vista e inundaron sus trémulas manos y la sagrada imagen.

—¡ Oh divino Jesús — prosiguió con mayor fervor—, que ves mi llanto y nuestra aflicción, apiádate de nosotros! Cuando las alborotadas aguas del lago de Gensareth amenazaban sumergir la frágil barquilla en que dormías junto a tus discípulos, imploraron ellos tu socorro, y con una sola palabra calmaste la tempestad, salvándolos del naufragio. Nosotros también, Señor, vámos a perecer y yo también imploro tu auxilio, no me abandones y libra a mi alma de la angustia que la anada. Señor, eterno refugio de los desgraciados, cuando al perder a mi madre fuí sola a orar a tu santo templo, mis sollozos y mi débil voz llegaron a Ti; tu paternal bondad oyó mi ruego, y me sacaste del abismo en que gemía. Hoy, oh divino Jesús, soy una madre

desdichada, y también lloro y ruego en tu presencia por mis pobres Lijos, como lloró y oró tu santa Madre al pie de tu cruz. ¡ Ah! Te lo suplico, Tú que cuidas con paternal solicitud de que no falte el alimento a los pajarillos del campo, haz que a mis hijos y a mi esposo no les falte el pan que han menester para su subsistencia.

Después de esta plegaria, que le sugirió la fe viva y ardiente, sintióse Sofía muy aliviada, y en su corazón renació la esperanza, como si una voz interior le hubiera dicho: «Pura es tu alma; tus votos son los de una buena madre y de una buena esposa; consuélate, porque no en vano has implorado a tu Padre celestial.»

En las convulsiones de su dolor, no había dejado de apretar nerviosamente la crucecita de madera que sostenía en su mano, regándola de lágrimas, y, cuando antes de retirarse se sentó para enjuagarla, vió que se le había pegado a los dedos, como si el llanto hubiese derretido cierta especie de goma que tal vez unía entre sí algunas partes del pie. Hasta se le quedó pegado un pedacito en uno de los dedos.

No habiendo advertido durante su plegaria que apretara con tanta fuerza la cruz, Sofía no comprendía cómo se había desprendido aquel fragmento; pero, al tratar de colocarlo en su sitio, vió en la parte que el mismo cubría, algo que brillaba como el oro. Acercóse a la ventana, examinó la cruz con más atención, y reconoció que el filete de latón que ella había tomado hasta entonces por adornos incrustados en la madera eran resortes artísticamente disimulados. A fuerza de darle vueltas, consiguió moverlos con ayuda de un cuchillo que por casualidad encontró, y la cruz de madera se abrió. Era una especie de estuche interiormente forrado de terciopelo, dentro del cual había una hermosa cruz de oro macizo de unas tres pulgadas de largo y enriquecida con magníficos diamantes, que, heridos súbitamente por los últimos rayos del sol poniente, despedían un brillo deslumbrador.

Júzguese de la sorpresa de Sofía, quien, después del primer momento de asombro, tomó la preciosa cruz, la examinó detenidamente y, habiendo visto y tocado mil veces los diamantes de la señora de Linden, no le fué difícil convencerse de que eran finos y de gran valor. ¡Qué tesoro! ¡Y este tesoro le pertenecía desde hacía años, sin que ella lo supiera! La divina Providencia se lo había hecho descubrir en el momento en que, creyéndose arruinada y perdida, acababa de implorar la misericordia del cielo.

— ¡Oh Dios de bondad y amor! — exclamó, arrodillándose y con el corazón inundado de religiosa gratitud—. ¡Dios Todopoderoso, ésta es la segunda vez que tu inefable misericordia se compadece de mí y acude en mi socorro! ¡Dios mío, no puedo expresarte mi agradecimiento; pero Tú lo ves en mis lágrimas, dignate aceptarlas como acción de gracias y ayúdame a merecer siempre tu santa protección! Es indudable — pensó al levantarse — que quien pone su confianza en Dios, no edifica sobre arena.

VIII

LA DICHA TRAS LA DESDICHA

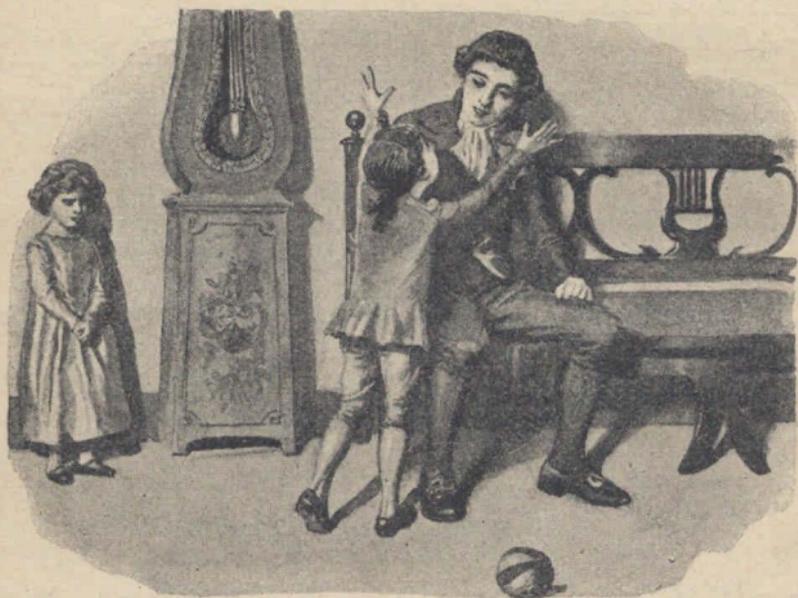
Mientras Sofía oraba en el pequeño aposento del piso alto de la casa, Guillermo, sumido en la más profunda tristeza, permanecía sentado en un banco, en la sala. La idea de ser expulsado de su casa con sus hijos lo estremecía, apresuraba los latidos de su corazón y le hacía arder la cabeza, por lo que se vió precisado a abrir la ventana para poder respirar. Entonces dió libre rienda a las lágrimas que procuraba reprimir delante de su amada Sofía, y se puso a orar con fervor para implorar el socorro del cielo.

Los dos niños jugaban en el aposento sin mirar a su

padre ; pero, cuando Federico advirtió que lloraba, dejó los juguetes esparcidos por el suelo, corrió al lado de su padre, y, con voz cariñosa y tierna, le dijo, tendiéndole los brazos :

—Papá, ¿por qué lloras?

—Federico — respondió el padre—, ya sabes que nuestro vecino, el rico Gaspar, pretende arrojarnos de aquí y vender la casa, el jardín y cuanto poseemos, a quien le pague el dinero que nos prestó. Ya viste el



otro día qué enfadado estaba. Quiere arrojarnos a la calle y ponernos en el trance de pedir limosna. Ruega, pues, conmigo a Dios para que nos libre de tamaña desgracia.

Federico se puso a llorar amargamente ; juntó las manecitas, alzó los ojos al cielo con aire suplicante, y dijo :

—Padre nuestro, que estás en el cielo, el pícaro Gaspar pretende arrojarnos de casa. No lo permitas, yo te lo ruego.

Al oír Teresita esas palabras y ver llorar a su hermanito y a su padre, también prorrumpió en llanto. Guillermo, temiendo que su esposa oyera los gemidos y llanto de la niña, la puso sobre sus rodillas para consolarla; pero ella, con las manos juntas y levantadas al cielo, gritaba sin cesar:

—Jesús, te ruego que socorras a mi papá, para que no lllore.

El padre había dejado en el antepecho de la ventana la podadera, y una manzana que iba a repartir entre sus hijos. Tomó la fruta y se la entregó a Teresita para distraerla y hacerle callar, mientras Federico le decía con toda la bondad de su corazón y la gracia de su edad:

—Escucha, hermanita; si te callas, eres juiciosa y no lloras más, toda la manzana será para ti. No llores, por favor — añadió, llorando él también—, porque Dios va a venir a socorrernos.

Y el padre, profundamente conmovido y elevando al cielo una dolorosa mirada, agregó sonriéndose:

—Señor, mira a estos pobres y bondadosos niños, y apiádate de ellos.

En aquel momento entró la madre, con el rostro humedecido todavía por las lágrimas que acababa de derramar, y radiante de júbilo.

En una mano llevaba la cruz, la brillante cruz dentro del estuche, mientras que con la otra mostraba el cielo como para decir a su esposo que Dios les había enviado un auxilio milagroso. La emoción le impedía hablar y Guillermo la contemplaba atónito, sin comprender aquel arrebatado de alegría en momentos tan azarosos; pero Sofía, abriendo la cruz de madera, mostróle la cruz de oro y de diamantes que dentro de ella había encontrado y, luego, refirió cómo acababa de descubrir aquel tesoro.

Guillermo no se atrevía a dar crédito a sus oídos ni a sus ojos, porque, aunque ventura tan inesperada le

parecía un prodigio hecho por la Omnipotencia divina, no creía que su familia ni él hubiesen merecido tan alto beneficio de la bondad de Dios. Cogió la preciosa cruz con manos temblorosas, y gruesas lágrimas le inundaron los párpados anublándole la vista. Al fin, se convenció de que Sofía no se equivocaba y de que iban a terminar sus penas.

Enajenado a su vez de alegría y profundamente agradecido al Todopoderoso, cayó de rodillas, juntó las manos, y dijo :

—¡Dios mío! ¡qué bueno y misericordioso eres! ¡qué admirable es tu providencia en sus medios y adorable en todo! ¡Con cuánta bondad escuchas las súplicas de los desgraciados y te dignas socorrerlos! Nos encontrábamos sumidos en la más profunda aflicción, hemos implorado tu compasión, e inmediatamente has convertido nuestras angustiosas lágrimas en lágrimas de gratitud y de gozo. Sí — prosiguió levantándose—, estos diamantes tienen valor más que suficiente para pagar nuestras deudas, lo que nos permitirá conservar la casa, y nuestros hijos no se verán expuestos a pedir limosna.

Federico conocía muy bien la cruz de madera, por haberla visto con frecuencia en el aposento de su madre; pero, como en aquel momento la miraba desde abajo sin que en ella advirtiera nada nuevo, alargó la mano, diciendo :

—Mamá, déjame ver la cruz más de cerca, porque no acabo de comprender por qué os ha puesto tan alegres a ti y a papá.

Sofía le mostró la cruz de diamantes, diciéndole que aquellas piedras relucientes valían mucho más de mil escudos.

—¿De veras? — inquirió el niño—. Esas cositas que brillan como centellas me gustan mucho, son muy bonitas y me agradaría jugar con ellas; pero, ¿para qué sirven a las personas mayores?



En una mano llevaba la cruz, la brillante cruz dentro del estuche, mientras que con la otra mostraba el cielo como para decir a su esposo, que Dios les había enviado un auxilio milagroso. (Pág. 31).

Su madre le respondió que aquellas piedras tan brillantes recreaban la vista.

—En ese caso — repuso Federico—, apenas habrá quien dé por ellas todo el dinero que decís. Mucho brillan esas piedras, es verdad; no tanto como las gotas de rocío que cada mañana vemos a millares en el césped y en las flores, sin que a nadie cuesten un céntimo.

Sin embargo, Teresita, que se había acercado y miraba con los ojos muy abiertos, de muy buena gana habría dado la hermosa manzana colorada que tenía aún en la mano, a cambio de la brillante cruz, si le hubieran permitido colgársela al cuello.

—Hijos míos — dijo el padre—, sois todavía muy niños y conocéis muy poco las cosas del mundo para comprender el inmenso beneficio que Dios nos ha dispensado; pero, creedme, con el dinero que nos darán por estas piedras preciosas, podremos devolver a nuestro cruel vecino la suma que nos prestó y que nos reclama, de modo que no podrá arrojarnos a la calle, y conservaremos nuestra casa, nuestro jardín y cuanto poseemos. Dios nos la concedido esta gracia haciéndonos encontrar estos diamantes.

—¡ Ah! — exclamó Federico—. Entonces no hemos rogado a Dios en vano. ¡ Qué bueno es! ¡ Qué pronto ha venido en nuestro socorro!

—Sí, es muy bueno—confirmó el padre — y vamos a darle otra vez las gracias.

Y ambos esposos juntaron las manos, alzaron al cielo los ojos preñados de lágrimas y dieron las gracias a Dios. Los niños también lloraban de júbilo y juntaban sus manecitas. Y las lágrimas, con que toda la devota familia manifestaba a Dios su gratitud, tenían mucho más valor que todos los diamantes del mundo.

IX

FRUTOS FELICES DE LAS AFLICCIONES

Al día siguiente, tan pronto como hubo amanecido, fué Sofía a la ciudad, con el propósito de consultar al digno párroco de la catedral que antiguamente la había recomendado con tanta eficacia a la señora de Linden, y en quien, desde su más tierna infancia, confiaba en absoluto. Desde aquella época, la edad había encanecido los cabellos del virtuoso varón, que era un venerable anciano que gozaba de la estimación general.

Refirióle Sofía toda su historia desde la muerte de su bienhechora, y después de exponerle la penosa situación en que se encontraba, mostróle la cruz de madera y le contó cómo había descubierto la de oro y diamantes que aquella contenía.

—De ese modo, padre cura — añadió—, se han cumplido las palabras que usted me dijo al marcharme con la señora de Linden, hace más de veinte años. Aunque entonces era muy niña, no las he olvidado, y son éstas : *En tus penas y aflicciones, dirígete a Dios con filial confianza, y jamás dejará de acudir en tu socorro.*

—¡ Oh ! ¿ Conque no ha olvidado esas palabras ? — le dijo bondadosamente el anciano, enternecido—. Lo celebro mucho, porque ahora ha podido convencerse de que le decía una gran verdad. Dios socorre siempre a los que le invocan en la desgracia y nadie le implora en vano. A veces no llega su auxilio tan pronto y de un modo tan milagroso como ustedes lo han recibido, porque el medio con que los ha sacado de apuros debe incluirse en el número de los acontecimientos extraordinarios.

»Lo cierto es que Dios no abandona a los que en Él confían; los consuela, los sostiene para que no sucumban al peso de la desgracia que los abruma, y pone a sus penas un término feliz.

»Permanezca usted, pues, firme en la fe en Dios y en su divino Hijo Jesucristo, cumpla fielmente su santa voluntad y recurra a El llena de confianza en todas sus tribulaciones.»

Sofía no dejaba de bendecir a la divina Providencia por el auxilio que de ella había recibido con el hallazgo de la cruz de diamantes; pero tenía un escrúpulo que le atormentaba la conciencia, y precisamente para consultarle este punto había ido a ver al respetable sacerdote.

—¿Puedo considerar como propiedad mía legítima esta rica cruz? — preguntó al sacerdote—. Porque retener un objeto tan precioso y disponer de él en beneficio propio quizá sea una acción desleal, una especie de robo cometido en perjuicio de los herederos de mi antigua bienhechora. Como seguramente es la joya más preciosa de todas las que dejó, temo pecar si no la restituyo en seguida a la familia de la señora de Linden.

—El escrúpulo que usted tiene — respondió el discreto sacerdote — honra su delicadeza y prueba la pureza de su religiosidad. Los mandamientos de Dios nos prohíben, efectivamente, tomar y retener los bienes ajenos; pero este objeto le pertenece, es legítimamente suyo y puede usted estar completamente tranquila respecto de su hallazgo; tiene usted derecho a guardarlo y a venderlo, porque es de su propiedad legítima.

»Es probable que la señora de Linden ignorase también el tesoro que ocultaba esta cruz de madera, antigua prenda de familia, que heredó de un tío que había ocupado una alta dignidad eclesiástica; pero no es la ignorancia de la señora de Linden lo que constituye el derecho de usted, sino la voluntad de su generosa bienhechora, que, al legarle una de sus alhajas, la que usted

eligiese, previa madura reflexión, quiso seguramente dejarle la probabilidad de que poseyera la más preciosa de todas.

»Si ella y usted hubieran sabido que esta cruz de madera contenía otra tan rica, la señora de Linden no habría modificado ninguna de sus disposiciones, y usted hubiera podido tomar la cruz de diamantes aunque estuviese a la vista de todos. Usted la tomó sin conocer su valor y creyendo no obtener sino su modesto estuche, con el que se contentaba por generosidad y por amor a la paz. No por eso es menos legítimamente de usted.

»Ya ve, hija mía, que la divina Providencia ha premiado ese amor a la paz, que la indujo a preferir un objeto sin valor intrínseco a las joyas más preciosas, y nunca olvide la bondad infinita que Dios ha manifestado acudiendo al socorro de usted y de su familia en el momento de mayor necesidad.

»Estos diamantes son magníficos, y valdrán dos o tres mil escudos. Acéptelos como un donativo hecho por Dios, véndalos, pague sus deudas y guarde lo que le sobre para cuando se encuentre en otro apuro.

»Disfrute de su dicha con moderación, agradezca de todo corazón los beneficios que el Señor le dispensa, conserve cuidadosamente la cruz de madera, léguela a sus hijos como un preciado recuerdo de su bienhechora, la virtuosa señora de Linden, y más aún como testimonio de la especial protección de Dios, que se ha dignado concederle el bienestar de que gozará en lo sucesivo.»

El bondadoso sacerdote metió la cruz de diamantes en su estuche de madera y cerró los resortes, diciendo :

—¿Quién diría que este modesto crucifijo encierra tan rico joyel?... En realidad de verdad, tal como la vemos, esta cruz es fiel emblema de las penas y miserias de la vida, a que los cristianos damos también el nombre de cruces.

»Efectivamente, en lo exterior las aflicciones se ase-

mejor a esta madera, cuyo aspecto es poco atractivo ; pero encierran un tesoro más precioso que el oro y los diamantes. Las cruces, es decir, las aflicciones, nos aproximan a Dios enseñándonos a conocer la vanidad de las cosas terrenas ; sirven para hacernos expiar nuestras flaquezas y para corregir nuestras imperfecciones ; nos ejercitan en la práctica de las virtudes y nos disponen a gozar de la bienaventuranza.

»Estas son las reflexiones que debe usted hacerse cuando la aflijan las contrariedades de la vida, y lejos de creerse desgraciada cuando Dios le envíe alguna adversidad, considérela una verdadera dicha y una rica bendición.

El anciano sacerdote conocía a un joyero, con quien tenía relaciones de amistad, y al que inmediatamente habría ido a visitar si sus achaques se lo hubieran permitido ; pero, como esto no le era posible, ordenó que fuesen en su busca.

El joyero, que era un artista muy honrado, se encontraba a la sazón ocupadísimo en las cosas de su oficio ; pero en seguida lo abandonó todo para acudir al llamamiento del sacerdote.

Este le mostró la cruz de diamantes, y el artífice, después de examinarla con suma atención, dijo que valía tres mil escudos, cantidad que él no tenía inconveniente en dar por ella si se le permitía pagarla en tres plazos.

Como es de suponer, Sofía, que no cabía en sí de gozo, se apresuró a cerrar el trato, percibiendo inmediatamente los primeros mil escudos.

Pronto cundió por la ciudad el rumor de tan extraordinario suceso, y, como la mayor parte de los parientes de la señora de Linden vivían en la misma población, en seguida se enteraron. Reuniéronse al punto y celebraron consejo de familia, en el que se acordó por unanimidad citar a Sofía ante los tribunales para que restituyese el tesoro. Aquellas orgullosas e intere-

sadas personas decían que era una insensatez dar como recuerdo a una mendiga una cruz de diamantes que valía tres mil escudos.

Adoptado este acuerdo, presentóse el anciano y leal señor de Hagen, quien, informado del motivo de la convocatoria que acababa de recibir en su casa de campo, estalló de indignación, y, golpeando el suelo con la muleta, exclamó :

—Créanme ustedes, déjense de querellas y tranqui-



...le mostró la cruz de diamantes... (Pág. 37.)

license. Considérense dichosos si sus injustas reclamaciones no llegan a oídos del público, y, si la envidia y la ambición que se han apoderado de ustedes, no les ha trastornado el juicio por completo, escuchen lo que voy a decirles. Cuando se efectuó el reparto de la herencia, aunque todos hubieran sabido el precioso tesoro que encerraba aquella cruz tan desdeñada por ustedes, y la buena Sofía hubiese persistido en elegirla, nadie

habría podido oponerse, porque, según las disposiciones del testamento, la joven tenía derecho a ello. Por consiguiente, déjense de injustas y mezquinas reclamaciones, porque sólo conseguirán ponerse en ridículo, miserables avaros.

»Además, si aquella magnífica alhaja ha pasado a ser propiedad de Sofía, ustedes tienen la culpa, por lo que deben considerar esa pérdida como un leve castigo de su falta de piedad y respeto a la memoria de su difunta tía, y de la dureza de su conducta con la pobre huérfana. Hasta hoy se habían reído de la elección que hizo Sofía de un viejo trozo de madera; pero hoy ya no se ríen, sino que, por lo contrario, todos van a reírse de ustedes. Guárdense, pues, de acudir a los tribunales, para no ser pasto de la malignidad de los burlones, y atraerse con su codicia el desprecio universal.»

Aunque los parientes de la señora de Linden estaban muy enojados contra la pobre Sofía, viéronse obligados a convenir interiormente en que el señor de Hagen tenía razón, y renunciaron a su insensato proyecto de demanda judicial.

Por consiguiente, Sofía quedó en posesión de los escudos que por la cruz de diamantes le había entregado el joyero.

X

LA BUENA FAMILIA

Eran ya más de las dos de la tarde cuando Sofía se decidió a emprender el camino; pero, antes de regresar a la aldea donde residía, entró en la iglesia, se arrodilló en las gradas de la misma capilla donde en otro tiempo el Señor la había escuchado enviándole la protección de la señora de Linden, y ofreció al Eterno el piadoso tributo de su viva y profunda gratitud.

Terminada su oración, salió del templo y, al des-

cender por la escalera que precedía a la puerta gótica, oyó las tres. Había pasado una hora rezando, y era ya tarde para regresar a su aldea, que distaba de la ciudad algunas leguas. Como había corrido la voz de que había ido a vender diamantes y llevaba consigo el precio de ellos, Sofía temía que la sorprendiese la noche en el camino y la robasen en despoblado.

Lo más prudente, sin duda, era aguardar al día siguiente; pero, ¡qué inquietud para el esposo si no la veía regresar por la tarde ni por la noche! Esta idea la affigia. Habría podido ir en carruaje; pero le hubiera costado muy caro y habría sido preciso gastar algo de los mil escudos que reclamaba el desalmado Gaspar. Como las compras hechas antes de las amenazas de aquel hombre habían agotado el numerario de la casa, y la venta, entorpecida desde entonces, apenas había bastado para las modestas necesidades de la familia, Sofía no podía contar con dinero alguno, que le permitiera hacer gastos extraordinarios.

Fuéle preciso, por lo tanto, renunciar al coche y emprender el camino a pie, ocultando lo mejor que pudo los mil escudos que llevaba, y que su marido había de entregar al día siguiente a Gaspar, so pena de perder toda su reducida hacienda.

Sofía caminaba con paso rápido, medio muerta de miedo, a través de las espesas tinieblas de la noche, y aterrorizándose cada vez que se cruzaba con algún viajero. Sus fuerzas, agotadas ya por una marcha larga y precipitada, estaban a punto de abandonarla, cuando tuvo la dicha de conocer la voz de un honrado aldeano, vecino suyo, quien, regresando a la aldea con su calesín vacío, distraíase cantando alegremente.

Sofía lo llamó, dióse a conocer, y a invitación del viajero subió al carruaje.

El bondadoso aldeano, enterado de los negocios de Guillermo y de su esposa, quiso abreviar la inquietud

de aquél y, poniendo al trote su caballo, no tardó en llegar a la aldea.

Sofía se apeó e, internándose en una callejuela, se encaminó directamente a su casa.

Corría, o, por mejor decir, volaba, quejándose de no poder andar más de prisa para tranquilizar cuanto antes a su familia y entregar los mil escudos a su marido. Esta preocupación la tenía absorta.

Cuando llegó a su domicilio, quedó muy sorprendida al encontrar abierta la puerta a una hora tan adelantada; pero su asombro subió de punto al ver a Gaspar tendido sobre un banco, pálido, desencajado, tristes los ojos, inundado de lágrimas el rostro, y quemados y enfangados sus vestidos. Todo en él revelaba el abatimiento y la desesperación. Exhalaba profundos suspiros, el llanto brotaba de sus ojos clavados en el suelo, y sus manos se crispaban; a veces lanzaba un grito ahogado, y todos sus miembros estaban violentamente contraídos.

Guillermo, el buen Guillermo, que en vano había procurado calmarlo, no sabía ya qué decirle y manteníase a su lado para vigilarlo, porque temía que atentase contra su vida.

Federico estaba de pie a algunos pasos. El amable y sensible niño, que no había visto aún los espantosos efectos que produce la desesperación en las almas que la impiedad deja sin apoyo en la desgracia, contemplaba a Gaspar, y, penetrado de generosa compasión por aquel enemigo de su familia, lloraba al verlo llorar, rogando en voz baja a Dios que lo perdonase, lo consolase y lo convirtiera en un hombre honrado.

Teresita, menos animosa, se había ocultado tras una silla en el rincón más apartado del aposento, y desde allí miraba alternativamente a Gaspar, a su padre y a su hermano.

Gaspar le causaba un miedo horrible, y, al menor movimiento que el avaro hacía, la niña temblaba como

una azogada y, a veces, llamaba a Federico, o a su padre, pero tan quedo, tan quedo, que ni uno ni otro la oían.

Tal fué el cuadro que Sofía vió al entrar en su casa, y ya iba a preguntar a su marido qué pasaba, cuando éste, con el dedo en la boca, le indicó que callase. Federico le tomó la mano, y Teresita, escurriéndose a lo largo de la pared, fué a refugiarse en su guardapiés.

Poco después presentóse un aldeano llamado Tomás, hombre bonachón, pero violento y grosero, que no sabía perdonar a los malos, ni aun en su infortunio. También él, lo mismo que Gaspar, estaba mojado y chamuscado de pies a cabeza.

—¡Hola! — exclamó con voz ruda—. ¿Empieza a sosegarse Gaspar, a quien sólo conmueve su propia desgracia?

—¡Haya paz! — respondió Guillermo—. Respete su dolor.

—¿Respetó él el de usted y su familia, que vale cien veces más que él? — repuso Tomás, en el mismo tono—. ¡No! ¿Por qué he de tratarlo mejor a él que él a ustedes? Ha sido malo con el prójimo...

—Ese no es motivo—interrumpió Guillermo—para serlo con él. Ha pecado...

—Sí, sí — dijo Tomás—, ha pecado y Dios le ha castigado. Quería quitarles a ustedes sus bienes, y Dios le ha quitado los suyos.

—Dios nos castigaría también a nosotros — replicó Guillermo — si imitáramos la conducta de este desgraciado, pagándole crueldad con crueldad. La ley de Dios nos manda ser compasivos y generosos hasta con nuestros enemigos.

En este momento, la esposa de Tomás, llamada Margarita, tan pacata y afable como iracundo era el marido, apareció en el umbral de la puerta. Era la mejor amiga de Sofía, quien, llevando a sus hijos de la mano,

le salió al encuentro, la condujo al huerto, y le preguntó qué había ocurrido durante su ausencia.

Refiriósele Margarita en breves palabras, y ambas volvieron a la tienda, con el deseo de calmar la severidad de Tomás y ayudar a Guillermo a consolar a Gaspar, cuyo carácter avaro y cruel les desagradaba mucho, pero cuya desgracia entristecía profundamente sus ánimos.

Antes de referir lo que había ocurrido, séanos permitido poner de manifiesto las virtudes de la familia de Guillermo, que era muy amada en todo el lugar.

Eran tan corteses los padres, tan buenos y tan honrados en su comercio, era tan pura y tan grande su piedad, mostrábase tan satisfechos cuando podían prestar algún favor, que todos los respetaban y apreciaban. Hasta Gaspar los anteponía en su estimación a los más antiguos vecinos, y los habría llegado a amar si su corazón duro y codicioso hubiera podido amar algo que no fuera dinero. Cuando había una disputa a que poner término, amigos reñidos a quienes conciliar, o enemigos que aplacar, acudíase a Guillermo. Cuando se alteraba la paz de algún matrimonio, la mujer y los niños iban llorando a contar sus penas a Sofía. Esta hablaba con la mujer, Guillermo sermoneaba al marido, y entre ambos reconciliaban al matrimonio y devolvían la tranquilidad y la paz a la casa.

—Oiga usted, amigo — decía Guillermo—, conviene que haga cada cual algún sacrificio para obtener o conservar la paz. Yo soy feliz en mi casa, primero porque mi esposa, educada por una señora discreta, aprovechó las cristianas lecciones de su bienhechora; pero, por muy juiciosa que sea, si yo no lo fuese también, no podríamos vivir en buena armonía, porque la razón y la sinrazón no pueden avenirse. En mi niñez me acostumbró mi padre a amar lo justo y cifrar mi dicha en labrar las de las personas con quienes vivía, y ahora recojo el fruto de la educación que me dió. Soy esposo

feliz, porque fuí hijo dócil y obediente, porque mi padre y Dios, que bendijo sus afanes, me dotaron de un genio sufrido y manso, y de un carácter poco exigente, y no riño con mi esposa, porque, cuando era muchacho, no reñía con mis compañeros, cosa que no habría permitido mi padre. En vez de regañar, raciocino, como, durante mi infancia, en vez de disputar con los niños, procuraba convencerlos con los razonamientos que se me ocurrían, y porque, en vez de irritarme o de reñir cuando no estábamos conformes, les decía: «Vamos a consultar a nuestros padres». Haga usted lo mismo, no regañe, no se enfade, razone y ceda cuando sea justo o sólo posible, o, en último caso, consulte a alguna persona virtuosa y discreta.

Sofía, por su parte, decía a la mujer:

—Querida vecina, cuando Dios arrojó del paraíso terrenal a nuestros primeros padres, dijo a Eva: «Estarás sujeta al imperio del hombre», y esta ley, impuesta por la voluntad divina a la madre del género humano, alcanza a todas las mujeres, y, por consiguiente, a nuestros maridos. Tal es el mandato de Dios.

»Los maridos deben también ser justos, buenos y apacibles, y, si no lo son bastante, Dios tiene siempre mil medios de corregirlos. Cuando no lo hace, es porque desea probarnos y hasta corregirnos de algunos defectos. Créame usted, un marido es raras veces regañón, raras veces se enfada cuando la mujer es cuidadosa, solícita y sumisa, y raras veces continúa enojado cuando su compañera, en vez de contrariarlo, se muestra sufrida y dócil. Verdad es que eso supone en la mujer muchas cualidades, que debió adquirir en la niñez, aprovechando la educación maternal. Una niña muy piadosa, acostumbrada a no tener más voluntad que la de sus padres, a respetarlos, amarlos, obedecerlos y servirlos con celo, aunque a veces carezcan de paciencia o de justicia, será, sin duda alguna, dichosa cuando se case, porque le bastará ser para su esposo lo que era para sus

padres. Sea usted para con su esposo lo que era para su padre, y en su casa reinarán siempre la tranquilidad y la dicha.

Cuando surgían algunas cuestiones por asuntos de intereses, también acudían a pedir consejos a Guillermo y Sofía.

—Nosotros no somos jueces ni abogados—decía Guillermo — e ignoramos las leyes.

—Lo mismo da — respondían los aldeanos, que confiaban en la rectitud de entendimiento y corazón de ambos esposos—. Juzguen ustedes con arreglo a los dictados de su conciencia, y seguramente quedaremos satisfechos, mientras que los procedimientos judiciales nos arruinarían y nos enemistarían quizás para siempre.

Entonces exponían los querellantes sus pretensiones, y Guillermo y Sofía, después de consultarse uno a otro, fallaban equitativamente en favor del que tenía razón, persuadiendo con razones y consolando al que perdía el pleito, y a menudo repartiendo el valor disputado entre los adversarios, según el derecho de cada uno. Luego despedían a los reclamantes, si no igualmente satisfechos, a lo menos igualmente convencidos de la benevolencia e imparcialidad de los árbitros.

Hacía tiempo que los aldeanos no querían otros jueces que Guillermo y Sofía, quienes, respetados, queridos, administraban justicia a sus iguales, que nunca apelaban de sus sentencias a ningún otro tribunal.

Los hijos del venturoso matrimonio disfrutaban de análogas ventajas entre los niños de la aldea. Federico ponía término a todas las disputas, y los muchachos, que lo veían alabado y apreciado por sus mismos padres, procuraban imitarlo. Permitíasele entrar en todas las casas y en todos los jardines, y todos lo llamaban, porque habían observado que jamás tocaba cosa alguna sin permiso, y, aunque siempre lo escuchasen con placer, porque hablaba muy cuerdamente, evitaba mezclarse en las conversaciones, y nunca interrumpía a

nadie. Si preguntaba algo, era para instruirse, y, cuando le interrogaban, sus respuestas, dadas con modestia, eran claras y breves. Si veía que algún compañero faltaba al respeto a un anciano, o trataba mal a un mendigo, le reprendía suavemente, le inducía a reparar la falta cometida y uníase con él para consolar a la persona ofendida. El menor animal, el más vil insecto maltratado por un atolondrado, excitaba su compasión.

—Los animales son obras de Dios como nosotros — decía — y fueron criados para que sirviesen al hombre. Sirvámonos de ellos según nuestra necesidad y su naturaleza, pero no los maltratemos inútilmente. Además, mis padres me han dicho con frecuencia que un niño a quien le agrada hacer o ver sufrir a los animales, se acostumbra a la crueldad y concluye por ser malo, hasta con sus semejantes : hay ladrones y asesinos que empezaron maltratando moscas y pajarillos.

Si, mientras jugaba con Federico, encontraba un niño alguna cosa y se creía dueño legítimo de ella, el hijo de Guillermo y de Sofía se apresuraba a desengañarlo, diciéndole :

—Si te la hubiesen regalado o la hubieses comprado, sería tuya ; pero, como no la has adquirido por donación ni por compra, no te pertenece. Si la hubieses perdido tú, quisieras que te la devolviesen ; y si alguien te dijera : «Es mía porque la he encontrado», tú le responderías que es un ladrón. ¿Quieres tú ser ladrón? Entonces ya no seríamos amigos. ¿Quieres ser buen muchacho? Vámonos a tu casa ; entregaremos a tu padre lo que has encontrado y él lo guardará para restituirlo a su dueño.

Cuando querían castigar a un niño, le decían :

—No irás a jugar con Federico, porque no eres bastante juicioso.

Y esta sola amenaza bastaba casi siempre para corregirlo.

Es inútil decir que Federico jamás faltaba a clase,

en la que se distinguía constantemente por su docilidad y aplicación.

Teresita, más pequeña que su hermano, no tenía aún la razón muy despejada, y, aunque no era linda, era ya la niña más amable y juiciosa de toda la aldea. Cuando su mamá le encargaba algo, obedecía puntualmente, y nada hubiera podido inducir a hacer lo que se le había prohibido.

XI

LAS REUNIONES DEL DOMINGO

Cuando más admiración causaba aquella buena y sencilla familia, eran los domingos y fiestas de precepto.

Poco antes de la hora de misa mayor, Guillermo cerraba la casa, y padres e hijos, vestidos con sus mejores galas, se encaminaban a la iglesia. El padre y la madre iban cogidos del brazo, y delante de ellos, a pocos pasos, iban los hijos cogidos de la mano, con aire alegre y modesto. Federico llevaba un libro algo voluminoso en el que leía correctamente, y Teresa otro más pequeño, compuesto de unas cincuenta hojas que contenían oraciones sencillas en gruesos caracteres, que ella había ya deletreado cien veces, y las sabía de memoria. Una plácida y piadosa serenidad brillaba en la frente de los padres, y cierta gravedad alegre daba al semblante de los hijos un aspecto de respeto y júbilo que todos contemplaban con gusto.

En el trayecto que tenían que recorrer para ir a la iglesia, los aldeanos saludaban a Guillermo y Sofía, mientras los muchachos saludaban a Federico y Teresita. Entraban en el templo, y los piadosos niños se sentaban penetrados de los sentimientos más religiosos. Colocábanse delante de sus padres, oraban con fervor, y sólo pensaban en Dios y en el santo sacrificio de la misa, sin que jamás se les sorprendiera mirando a derecha e

izquierda, atentos siempre a los sagrados cánticos y con la vista fija en el sacerdote.

Al salir de la iglesia, deteníanse un rato en la plaza, a la sombra de una vieja encina, rodeada de bancos, en los que se sentaban los ancianos, y donde Guillermo y Sofía, siempre consultados y siempre escuchados con atención, pronunciaban los benévolo fallos de su jus-



Federico llevaba un libro algo voluminoso... (Pág. 47.)

ticia oficiosa, mientras los niños más juiciosos se paseaban con Federico, hablando de las emociones que habían experimentado en la casa del Señor.

Después Sofía llamaba a Federico, quien llegaba con sus compañeros, y la excelente madre, que se esforzaba por evitar las malas compañías a su hijo, le decía :

—Mira, ése es un niño discreto y dócil, de quien puedes ser amigo sin temor ; pero aquél ha cometido tal falta : no lo imites, y si no se corrige, aléjate de él, porque, quien con lobos anda, a morder aprende.



...todos los muchachos, enajenados de júbilo, corrieron a abrazar al anciano a quien tanto amaban. (Pág. 52).

Profundamente apesorado el pecadorzuelo por el aviso público dado por una mujer tan respetada como Sofía, prometía llorando enmendarse y no reincidir. Sofía lo animaba entonces con la ternura de una madre, y todos sus amiguitos, estimulados por el ejemplo, hacían buenas promesas : éste, la de no ser desobediente ; aquél, la de no ser perezoso ; el de más allá no quería mentir más ; otro se arrepentía de su terquedad ; esotro renunciaba a su glotonería, y todos, en fin, hacían propósito de enmienda rogando a Federico que le advirtiese durante la semana siempre que faltara a su promesa. Luego, aquellos chiquillos se acercaban a sus padres, diciéndoles : « ¡ Mamá, he prometido tal cosa a la señora Sofía y a mis amigos ! » Los padres los escuchaban sonriéndose y los alentaban a cumplir su palabra.

El domingo siguiente, después de la misa, reuníanse de nuevo, y en presencia de sus padres, decían en alta voz :

— El domingo pasado prometí esta o la otra cosa.

— ¿ Has cumplido fielmente tu promesa ? — preguntaba el padre o la madre.

— ¡ Sí, mamá ! ¡ Sí, papá ! — respondía gozoso el niño, si creía efectivamente haber cumplido lo que prometió.

Y, si decía verdad, oíase entre los muchachos un lisonjero susurro que confirmaba la aserción. Todos se alegraban del buen comportamiento del que acababa de hablar y nadie se mostraba envidioso.

Cuando no se había cumplido la palabra, el niño culpable bajaba la cabeza y no respondía, porque no quería mentir, y su avergonzado y contrito semblante reflejaba su pesar y arrepentimiento. Todos los amiguitos se entristecían, y unos a otros se recordaban, de modo que los padres los oyesen, cuanto podía atenuar la falta del compañero.

Así fundó la bondadosa Sofía, sin pretenderlo, aquellas reuniones del domingo, que llegaron a ser escuela

de discreción y de virtud para los niños de la aldea. A veces, el párroco, después de despojarse de los ornamentos sacerdotales, asistía a las reuniones y añadía sus piadosas exhortaciones a los prudentes consejos de los padres.

La presencia del cura, que tenía blancos como la nieve los cabellos, sencilla el alma y agradable la fisonomía, daba carácter más imponente y grave a aquellas reuniones de familias. Los niños escuchaban con mayor atención, y en presencia del venerable anciano que les había administrado a todos el sacramento del bautismo, sentíanse penetrados de amor y de respeto.

En medio de aquellos aldeanos, por quienes era venerado como un santo y querido como un padre por su tierna y profunda piedad y por sus inagotables virtudes, el sacerdote, ya casi octogenario, se asemejaba a los antiguos patriarcas de la Biblia. Al contemplarlo, hubiera creído cualquiera ver a Abrahán, Isaac o Jacob rodeado de sus hijos y nietos.

Merced a las reuniones dominicales, los muchachos de la aldea corrigieron pronto todos los defectos que hasta entonces se les habían reprochado, siendo una verdadera fiesta de familia el día en que, presentándose a sus padres, decía cada niño con modesta seguridad, mirando a sus compañeros, como para tomarlos por testigos :

—Sí, querido papá ; sí, querida mamá, he cumplido lo que prometí. Así lo creo a lo menos.

Confirmada esta respuesta por la aprobación de los demás niños, por la del apreciable maestro de escuela, por la serenidad del rostro de los padres, y especialmente por el bondadoso cura, que conocía a fondo la conciencia de sus infantiles feligreses, los niños, cediendo mal de su grado a un arranque de júbilo, pusiéronse a palmotear y a abrazarse unos a otros. Los padres, por respeto al párroco, quisieron reprimir aquel impulso tan natural, pero éste les dijo :

—Déjenlos, porque esa alegría es fraternal y virtuosa, y las potestades celestiales participan de ella. Jesucristo es el divino amigo de la infancia, y cuando un niño se corrige de un defecto, Jesús se alegra en el cielo. Dejen que se feliciten y abracen con el candor e ingenuidad de sus años, y abrácenlos ustedes también, porque la aprobación de un padre virtuoso y el beso de una buena madre son la recompensa más grata que puede obtener un niño.

El párroco no tuvo necesidad de repetir la invita-



ción. Los padres llamaron a los hijos, las madres les tendieron los brazos, acudieron ellos, y cada familia formó en seguida un grupo encantador.

De pronto, Federico y Teresita, aconsejados por su madre, se aproximaron al párroco, a quien dijo el niño :

—Padre cura, papá y mamá nos envían para que le demos las gracias, en su nombre y en el de todas las familias aquí presentes, por las santas lecciones, que a todos, grandes y pequeños, nos ha dado usted para ayu-

darnos a volvernos mejores. Tenga la bondad de dejarme besar su mano.

—¡ Oh, hijo mío! — respondió el cura—. Tus virtuosos padres han hecho tanto como yo en esta obra bienhechora, porque si es cierto que yo he dado instrucciones y consejos, ellos han dado consejos y ejemplos. ¡ Así los premie la divina justicia, a ellos y a su posteridad, en este y en el otro mundo! Abrazame, Federico, y tú también, Teresita.

El venerable sacerdote los abrazó a entrambos. Todos los niños y todos los padres miraban; Federico miraba también a sus amiguitos y, luego, al párroco, bajando en seguida los ojos y como pensando algo que no se atrevía a decir.

—Ya te entiendo, amiguito — exclamó el anciano—; quieres que abrace a tus compañeros, ¿no es eso? Pues venid, venid todos a mis brazos, que los niños juiciosos son todos hijos míos; venid y abrazadme.

Al oír esto, todos los muchachos, enajenados de júbilo, corrieron a abrazar al anciano a quien tanto amaban.

El sacerdote estrechó a todos en sus brazos con igual ternura, diciendo que aquel día era el día más hermoso de su vida y derramando lágrimas de satisfacción.

—Acordémonos—dijo Sofía, cuando iba a disolverse la reunión — de que no basta corregir nuestros defectos, sino que, además, es preciso adquirir nuevas virtudes. El próximo domingo veremos, hijos míos, las buenas obras que habéis hecho, y haré un regalito al que de vosotros se haya portado mejor. Nuestro venerable párroco os juzgará.

Este aprobó el proyecto, y algunas otras personas prometieron también obsequiar a los más juiciosos. Los niños se alegraron de ello, prometiéndose cada cual merecer el premio ofrecido.

XII

LA CARIDAD

El domingo siguiente, después de oír al maestro de escuela, a los padres y a los niños, el señor cura adjudicó los premios con notoria justicia.

El primero lo obtuvo Federico.

—¿Qué quieres que te regale? — le preguntó Sofía—. ¿Una linda escopeta de madera, un hermoso libro con estampas, o una buena gallina?

Al oír *una buena gallina*, todos los niños se rieron a carcajadas; pero Federico, después de vacilar un momento, eligió la gallina, con grande sorpresa de sus amigos.

—¿Qué vas a hacer de la gallina? — le preguntaron.

—La regalaré a la pobre tía Inés, que es anciana, está ciega, y sólo puede comer pan, y no tanto como necesita.

—¡Bien! ¡muy bien, Federico! — exclamaron a un tiempo todos los niños—. Eres mejor que nosotros porque, sin acordarnos de la miseria de la buena tía Inés, hubiéramos elegido el libro o la escopeta.

—Lindo juguete es la escopeta — respondió Federico—; pero sólo es un juguete, y la pobre viuda tiene más necesidad de comer que yo de jugar. Entre la escopeta y el libro, habría escogido el libro, porque me habría servido para instruirme, pero antes de buscar nuevas lecciones de virtud, conviene practicar las que ya se me han dado, y socorrer al prójimo siempre que me sea posible.

Todos aprobaron la elección, elogiando los generosos sentimientos de Federico. Los demás niños y niñas

premiados pidieron por favor que no se les diesen inútiles juguetes, sino cosas que pudieran ofrecer a la anciana Inés y le fueran provechosas. Las madres y abuelas consultaron a la anciana e indicaron los objetos, que luego fueron presentados. Eran una camisa, un zagalejo, una casaquilla, un par de medias, un par de zapatos, pañuelos, pan, cerveza, queso, huevos, manteca, aceite, harina, y otros comestibles. Sofía, además de la gallina prometida, le regaló un par de sábanas que el día anterior había remendado. En fin, se concedieron tantos premios, que hubo lo suficiente para vestir, durante mucho tiempo, y mantener más de una semana a la pobre ciega.

Repartidos los premios, los niños se dispersaron como una bandada de golondrinas para llevarlos a la tía Inés. Los mayorcitos corrían delante, seguidos por los pequeños, pero unos y otros corrían con toda la ligereza de sus piernas. Al llegar a la puerta de la choza los primeros, se detuvieron para esperar a Federico, que había de hablar por todos, y todavía estaba lejos, porque llevaba de la mano a su hermanita. Aguardáronlo con impaciencia, pero en silencio, porque querían dar una grata sorpresa a la anciana, que, antes de quedar ciega, había llevado en sus brazos y acariciado sobre sus rodillas a todos aquellos niños.

Como la puerta de la choza estaba entreabierta, veíase desde la calle a Inés, que arrodillada delante de una rústica silla, oraba. La pueril algazara no había llamado su atención, porque creyó que era un juego de muchachos.

Inés oraba en alta voz, sin sospechar que la escucharan.

—Dios mío — decía alzando al cielo las manos arrugadas por la edad —, cuando juzgues que he sufrido bastante, sácame de este mundo. Los años y los achaques no me permiten ya trabajar y desde ayer no he comido,



¡oh Dios misericordioso!, abrevia mis sufrimientos y sácame de este mundo.

Luego, apoyó los brazos en la silla, echó sobre ellos la cabeza, y prorrumpió en sollozos.

—¡Ah! — exclamó en voz baja uno de los niños—, ¡qué bien ha hecho Federico en acordarse de esta pobre mujer, pues, a no ser por él, hubiera perecido de miseria! Mañana habría sido encontrada muerta. ¡Ven! ¡corre! — dijeron luego a Federico, que ya estaba cerca.

Entró éste, y siguiéronle los demás, en cuyos rostros juveniles no se reflejaba ya la alegría, sino la tristeza y la compasión.

—Tía Inés — dijo Federico—, usted está rogando a Dios, y El y nuestros padres nos envían en su socorro. Aquí le traemos algo, porque el padre cura ha creído que somos juiciosos. Por mi parte, tome un par de sábanas y una buena gallina que mamá le ruega que acepte.

Después de Federico, cada uno de los otros niños presentó su ofrenda, limitándose a decir en qué consis-

tía, y en un momento quedó cubierta de objetos la vieja mesa. Las muchachas colocaron la ropa en el apolillado armario.

—Levántese usted, señora Inés — prosiguió Federico.

—Ya no tengo fuerzas, hijo mío — respondió la anciana.

—Ya la ayudaremos.

Como entre aquellos niños había algunos de once y doce años, más fuertes que los demás, ayudaron a la pobre mujer a levantarse y tomar asiento.

Inés no osaba dar crédito a sus oídos.

—¡Cómo! — exclamó por fin—. ¡Dios ha fijado en mí su bondadosa mirada, os ha conmovido el corazón y me traéis tantas cosas!

—Sí, tía Inés — respondieron varias voces con amable solicitud—, sí, hoy le traemos todo esto, y procuraremos ser siempre buenos para poder traerle otro tanto cada domingo. También vendremos a verla todos los días para saber si necesita algo, cumplir sus encargos, pasearla un poco y acompañarla a la iglesia, porque de aquí allá el camino es malo.

Inés quería arrodillarse para dar gracias a Dios por el inesperado auxilio que le enviaba; pero su debilidad la obligó a permanecer sentada.

En seguida le dieron de beber y de comer, y casi al punto se reanimó. Los niños le dijeron que Federico había sido el primero que se había acordado de ella, que los demás se habían apresurado a seguir su ejemplo, y que las madres de familia habían hecho cada cual una dádiva proporcionada a sus facultades.

La anciana se puso a llorar de alegría, y suplicó a los niños que la condujesen a la plaza de la iglesia, para testimoniarse su gratitud a los padres, que esperaban allí a los pequeñuelos, y, después de tomar de nuevo algún alimento para adquirir mayores fuerzas, emprendieron todos el camino, que era algo largo.

Los dos niños más vigorosos le prestaron el apoyo de sus brazos, y algunos iban delante quitando las piedras en que habría podido tropezar. Los demás caminaban a su lado formando una especie de cortejo. Nada más patético que ver a aquellos niños de rostro jubiloso prestando su asistencia a la pobre anciana ciega, y proporcionándole una dicha que ella no habría esperado disfrutar ya en este mundo.

Al llegar a la plaza, donde las madres comenzaban a impacientarse, los niños presentaron a Inés al párroco, la hicieron tomar asiento, y las madres de familia le prometieron socorros que ya no faltarían.

Cuando se supo la extremada miseria en que vivía la pobre mujer, todos los ojos se preñaron de lágrimas, porque los aldeanos honraban y apreciaban a la virtuosa Inés. El venerable cura, levantando entonces la voz, pronunció el breve discurso siguiente, que se grabó en todos los corazones :

—Amados feligreses, una mujer joven aún y un niño de ocho años, acaban de dar a todos una hermosa lección de caridad. Al ofrecer a Federico una escopeta, un libro o una gallina, Sofía había pensado ya en la pobre anciana Inés, y estaba persuadida de que su hijo también pensaría en ella. Federico, a pesar de sus pocos años, ha procedido como un hombre maduro y reflexivo, y los que habéis imitado tan generosamente su ejemplo, también merecéis alabanzas. Dios premiará vuestra caridad ; pero, sin Sofía y Federico, ninguno de vosotros se habría acordado de la infeliz Inés, que estaba muriendo de hambre a cuatro pasos de aquí, mientras vosotros celebrabais las virtudes de vuestros hijos. La primera virtud del cristiano es la caridad, y vosotros ibais a dar o prometer juguetes a vuestros hijos cuando vuestro prójimo moría de necesidad casi en vuestra presencia. ¡ Ah, amigos míos ! Antes de gastar el dinero en bagatelas, mirad si hay alguien que lo necesite para comprar un pedazo de pan. Inés, agradezca a Sofía y

Federico que la hayan sacado de apuros, pues a ellos, después de Dios, debe el socorro que acaba de recibir.

Luego, fué nuevamente llevada a su casa la buena Inés, y, desde aquel día de gratas y profundas emociones, que no se olvidó jamás en la aldea, la familia de Guillermo no cesó de recibir pruebas de la estimación y aprecio que le profesaban sus convecinos.

XIII

CASTIGO Y CONVERSIÓN

Poco tiempo después de aquel memorable día, el avaro Gaspar, que era universalmente detestado en el país, comenzó a acosar y a amenazar a Guillermo, provocando la indignación de todos por su dureza. Muchos habrían querido prestar los mil escudos al honrado deudor; pero el país era pobre, y, aunque se hubiera abierto una subscripción y dado cada cual lo que podía, apenas se hubiera reunido la cuarta parte de la suma.

Entonces se intentó ablandar al acreedor, pero todos los esfuerzos hechos en este sentido resultaron inútiles.

Una o dos horas después de marchar Sofía a la ciudad para vender los diamantes, de los que no se había hablado aún a nadie, cayó la justicia divina sobre la cabeza del despiadado Gaspar.

Tenía éste un hijo único llamado Gerardo, a quien educaba muy mal. Este niño, que tenía doce años de edad, nunca iba a la escuela y pocas veces a la iglesia, siendo el único de la aldea que ridiculizaba las reuniones del domingo, porque en ellas se adquiría discreción y bondad, como también las despreciaba su padre, que era muy poco religioso.

—¡Eh! — decía el bellaco—, ¿acaso necesito que mi hijo sea tan devoto y tan bueno? Con tal que sepa

conservar y aumentar su hacienda, tiene bastante. Yo no soy devoto, y prospero más que vosotros, que lo sois.

No bien había concluído de repetir estas palabras, cuando el hijo, a quien había dejado en el pajar, y que, además de otros vicios, tenía el de fumar a hurtadillas, sacó lumbre del pedernal para encender su pipa, cayó una chispa en el heno; se encendió éste, y Gerardo; en vez de pedir auxilio, quiso apagar él mismo el fuego que todavía no había adquirido gran incremento.

Como el muchacho andaba de aquí para allá, el movimiento del cuerpo y de los vestidos avivó el aire, se levantó una pequeña llama, y antes de que pudiera apagarla con los pies, el incendio estalló con horrible violencia.

Gerardo, inmóvil y pálido de espanto, temblaba como un azogado, y el humo empezó a sofocarlo.

Entonces abrió la puerta para huir, dando horrosos gritos; pero, avivadas por las corrientes de aire, las llamas salieron fuera por la puerta y las ventanas, cayeron al corral los postigos reducidos a carbón, y el techo se desplomó con las vigas encendidas, se hundió el piso y comunicóse el fuego al establo y a la cuadra, de donde Gaspar procuraba inútilmente sacar los caballos y los ganados, que se negaban a salir.

Desesperado, rendido de cansancio, y rechazado por las llamas, el avaro salió de aquel horno mesándose los cabellos y pidiendo socorro con voz apagada.

En toda la aldea resonó el siniestro grito de ¡fuego! ¡fuego!; el aire vibró a los sonidos monótonos del lúgubre rebato; las mujeres y los niños salieron despa- voridos de las casas y de la escuela; los aldeanos acudieron del campo; pero todos, al saber que se quemaba la casa de Gaspar, se mostraron menos afligidos.

—Es castigo del cielo — decían las buenas gentes—. Gaspar ha querido reducir a Guillermo a la miseria, pretendía que mañana vendiese cuanto tenía, y la justicia divina lo castiga arrebatándole la fortuna. Jactábase de

prosperar a pesar de no ser devoto, y su prosperidad se convierte en humo. En su miseria no tendrá siquiera el valor y los consuelos que presta la religión, a no ser que se convierta sinceramente.

Mientras decían esto, veían los aldeanos arder la hermosa casa de Gaspar, a quien ya no era posible prestar socorro. Afortunadamente, la casa estaba bastante



...el avaro salió de aquel horno mesándose los
cabellos... (Pág. 59.)

apartada de las demás, y no había que temer que el incendio se propagase a ellas. Además, en la aldea no había bombas, y las de los pueblos vecinos debían tardar mucho en llegar.

Entonces se presentó Guillermo, que fué el último en enterarse de la desgracia de su enemigo, y que, lejos de alegrarse, la sintió profundamente.

Después de prohibir a sus hijos que saliesen de la tienda, acudió con el firme propósito de hacer todo lo

posible por socorrer a Gaspar, a pesar de los muchos motivos de queja que tenía contra él.

El avaro, a quien sólo preocupaba la pérdida de sus bienes, forcejeaba furiosamente por desasirse de las manos de los que se empeñaban en detenerlo. El insensato quería entrar en su casa para perecer en ella juntamente con su fortuna.

—Llévenlo a mi casa — dijo Guillermo—. Yo le daré asilo. ¿Se ha salvado su hijo?

En la confusión general, nadie, ni siquiera Gaspar, se había acordado de Gerardo, y la pregunta de Guillermo hizo palidecer todos los rostros. Hubo un momento de profundo estupor y, durante este triste silencio, percibiéronse entre el sordo mugido del incendio gritos ahogados que parecían salir de un pequeño aposento retirado, donde no habían penetrado aún las llamas, y al que ya era peligroso acercarse.

El pícaro muchacho, temiendo el enojo de su padre, y no creyendo que el fuego pudiera alcanzarle, habíase escondido en una especie de bodega, y no advirtió la voracidad del incendio, que en su concepto debía extinguirse fácilmente; pero, cuando el humo llegó hasta él, se espantó y quiso salir. Le fué imposible.

Al verse aprisionado como en un vasto horno, aquel niño impío se acordó de Dios, y, muy arrepentido de sus maldades, impetró la divina misericordia.

—¡Dios mío! — decía—. Me arrepiento de todo corazón, perdóname y no me dejes morir de un modo tan espantoso.

Y gritaba con todas las fuerzas que le daba la desesperación:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡estoy en la bodega, y voy a morir abrasado si no vienen a salvarme!

Tales eran los gritos que lanzaba el infeliz y que hasta entonces no se habían oído.

¡Pronto! —exclamó Guillermo—, ¡échenme agua sobre todo el cuerpo, mójenme de pies a cabeza!

Y al mismo tiempo empapó su pañuelo en el agua de un cubo y se lo puso en la boca ; arrollóse a la cabeza otro pañuelo mojado, se persignó, tomó una brazada de paja muy húmeda, y dijo :

—Rueguen al Señor que me ayude.

É inmediatamente entró en la casa, a pesar de los esfuerzos que para detenerle se hicieron. A Gaspar lo habían separado de allí.

Hombres, mujeres y niños cayeron de rodillas, y con



las manos cruzadas, los ojos fijos en la puerta por donde había desaparecido Guillermo, y de la que salían a intervalos grandes bocanadas de humo, se pusieron a orar fervorosamente. Poco después reapareció el heroico salvador, llevando en sus brazos a Gerardo, desmayado.

Todos los testigos de aquella escena se agruparon en torno de Guillermo, lo elogiaron y se alegraron de volver a verlo. Guillermo sólo pensaba en Gerardo.

—Cuidenlo, procuren que recobre los sentidos mientras voy a refrescarme lavándome las quemaduras, y

luego lo llevaremos a su infeliz padre para consolarlo.

Gaspar, en el primer momento, se alegró de ver a su hijo; pero al recordar luego que éste se había quedado solo en el pajar, lo rechazó con furor, por suponer acertadamente que él había provocado el incendio con alguna imprudencia. Fué preciso apartar de su lado al muchacho, a quien unos vecinos se llevaron a su casa.

Guillermo, después de intentar varias veces tranquilizar a su huésped, comprendió que era preferible dejarle que se desahogara y esto fué lo que hizo.

Así pasó el resto del día, y así los encontró Sofía cuando entró de noche en su casa, al regresar de la ciudad.

Margarita refirió sucintamente a Sofía lo que había ocurrido durante su ausencia, y, al volver ésta a la tienda, apresuróse a llevar a su marido a su aposento, preguntó si estaba herido, le mostró el dinero que llevaba y colocó la cruz de madera en el sitio de costumbre.

—Dame — dijo Guillermo — ese dinero, que será un bálsamo para el mal de Gaspar, porque el infeliz sólo piensa todavía en los bienes terrenos que acaba de perder.

Al volver ambos esposos al lado de Gaspar, de quien no se habían separado Tomás y Margarita, le dijo Guillermo:

—Tome usted, vecino; aquí tiene los mil escudos que le debemos, y que me alegro de poder devolverle en este momento.

Y, al decir esto, vació sobre la mesa la bolsa llena de oro, cuyo sonido llamó la atención del avaro Gaspar. Fascinado éste por su brillo, y sintiendo calmarse su aflicción, se puso a contar las monedas y a colocarlas en pilas iguales. Volvió luego a contarlas, las metió en la bolsa, guardó ésta en su faltriquera, cubriéndola con el pañuelo para ocultarla, y apoyó la mano izquierda sobre su tesoro como para defenderlo.

—Gracias, vecino Guillermo — dijo—. Me alegro de

no verme obligado a poner en venta su finca. Este es un alivio que llega a tiempo ; pero esto no me restituye lo que he perdido.

Aunque era muy interesado y nada caritativo, Gaspar era probo, y Guillermo y Sofía le ofrecieron los dos pagarés de tres mil francos cada uno, firmados por el joyero, y que equivalían a dinero contante y sonante.

—Estos seis mil francos — le dijeron — le ayudarán a reconstruir su casa, y a comprar caballos y ganados. Tómelos, páguenos un interés módico, y si se pone con toda sinceridad bajo la protección de Dios, al cabo de algunos años habrá recuperado toda su fortuna.

Gaspar escuchaba al matrimonio con asombro, contemplaba los pagarés, y los leía y releía, sin comprender nada.

Tomás, Margarita y otras muchas personas que habían acudido a la tienda para informarse del estado de Gaspar y de Guillermo, oyeron aquellas palabras, sin comprender tampoco cómo los dos esposos, que el día antes no tenían un céntimo para pagar los mil escudos que debían, veíanse de repente en disposición de satisfacer a su acreedor toda la suma en hermosas monedas de oro, y de prestarle una cantidad dos veces mayor.

—¡ Oh ! — exclamó Gaspar, tomando los pagarés—. ¿De dónde les ha venido tan pronto semejante fortuna?

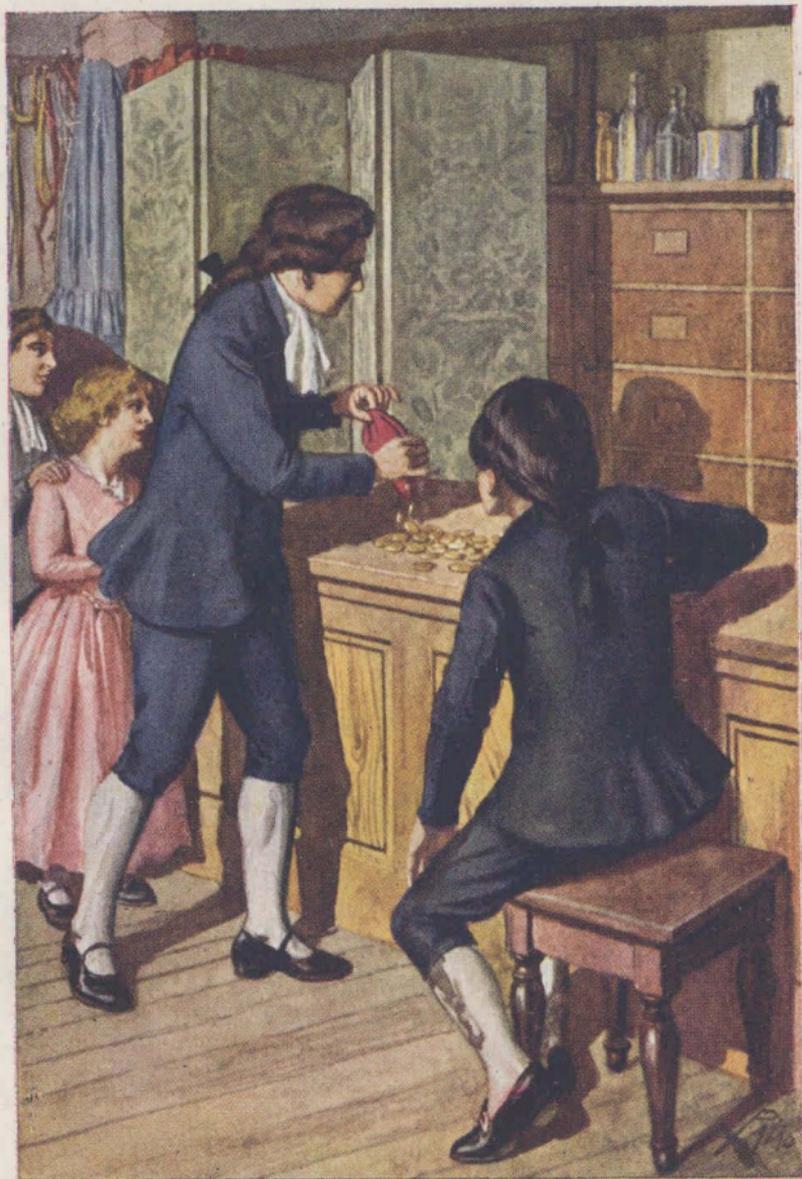
—Nos viene — contestó Guillermo — de la generosidad de un amigo y protector a quien jamás hemos implorado inútilmente.

—¿Quién es ese amigo tan generoso?

—Ya lo conocerá usted si quiere, y será tan bueno para usted, como lo es para nosotros y para todos los que lo aman sinceramente.

Estas palabras aumentaron la curiosidad general.

—¿Quién será ese amigo, ese protector tan rico y bondadoso? — se preguntaban todos al oído—. No es el señor del lugar, porque apenas lo conocen. ¿Será el príncipe? Es muy bueno... Sofía ha ido a la ciudad, le



...vació sobre la mesa la bolsa llena de oro, cuyo sonido llamó la atención del avaro Gaspar. (Pág. 63).



habrá contado sus apuros, y él puede dar mucho dinero. Quizá Guillermo fué jardinero suyo, y tuvo la suerte de prestarle un gran servicio que él recompensa ahora. Pero, ¿por qué había de hacer el mismo favor a Gaspar?

Cuando vió Guillermo algo consolado a su huésped, aprovechando la ocasión para convertirlo a Dios, le dijo :

—¿Quiere que vaya a buscar a ese amigo, que no ansía otra cosa que socorrer a sus verdaderos amigos?

—Con mucho gusto — respondió Gaspar.

—Espere entonces un momento, y lo verá en seguida — repuso Guillermo, corriendo a su aposento.

—¿De modo que ese amigo está en su casa? — pensaban los circunstantes—. ¿Desde cuándo? Sofía llegó ayer con el señor Jerónimo, y no se vió a ningún extranjero. Esto es incomprensible.

Guillermo no tardó en volver llevando la cruz de madera de que pendía la imagen de bronce del Salvador.

—Aquí está — exclamó — el fiel amigo de todos

los que le imploran. Sus oídos no se cierran jamás a nuestros ruegos, y su corazón nunca es insensible a nuestras lágrimas. Gaspar, usted lo ha tenido olvidado durante mucho tiempo, y en castigo de ello ha perdido toda su fortuna. Piense en El, y El pensará en usted, porque en su bondad infinita acoge en su favor al pecador arrepentido. El me ha dado los medios y me ha sugerido el deseo de socorrer a usted como acabo de hacerlo en el momento en que usted nos trataba de un modo inconsiderado.

Conmovido Gaspar ante la generosidad del que hasta entonces había sido su deudor, y sinceramente arrepentido de sus pasados errores, exclamó, cayendo de rodillas ante la imagen del Salvador :

—Sí, reconozco que Dios ha castigado justamente mi impiedad, mi avaricia y mi dureza de corazón ; me arrepiento para siempre de tales pecados, y en presencia de esta sagrada imagen y de todos vosotros, honrados vecinos, prometo hacer cuanto me sea posible para merecer la misericordia de Dios.

Entonces, dejando Guillermo el crucifijo en manos de su esposa, hizo sentar a Gaspar, quien, rendido por tantas y tan diversas emociones, parecía próximo a desmayarse. Todos los presentes se apresuraron a felicitarle con la más amable solicitud, y Gaspar, a quien hasta entonces sólo había visto en los rostros de sus convecinos desabrimiento u odio, mostróse satisfecho de los nuevos sentimientos que inspiraba, que, a pesar del incendio de su casa, repitió varias veces con toda sinceridad :

—¡ Oh ! Este es el día más dichoso de mi vida, porque soy estimado y voy a entrar en la comunión de los fieles.

Después de esta escena conmovedora, refirió Guillermo de qué modo había llegado Sofía a ser dueña del crucifijo, y, en seguida, abriendo la cruz de madera, explicó lo demás de la aventura. « Sí, sí, es un socorro del

cielo», decíanse unos a otros los circunstantes, y todos se acercaban para ver y admirar la cruz, que contemplaron con religioso asombro, sin cesar de bendecir a la Providencia, que tiene siempre medios oportunos para auxiliar a la virtud y castigar a los malos, como lo demostraban los diamantes encontrados por Sofía y el incendio de la casa de Gaspar.

Gaspar entonces llamó a su hijo y lo perdonó.

Convertidos ambos sinceramente, Dios bendijo su arrepentimiento y sus trabajos. Repararon la pérdida sufrida, y merecieron la estimación y el aprecio de todos.

Guillermo, Sofía y sus hijos continuaron edificando a los aldeanos con sus consejos y ejemplos, y en lo sucesivo ninguno olvidó a la pobre Inés, que vivió todavía mucho tiempo disfrutando de los beneficios de sus vecinos.

La cruz de madera ha pasado de generación en generación a los descendientes de Sofía y Guillermo, para perpetuar la solicitud con que Dios premia a los cristianos que cumplen sus santos mandamientos.

FIN DE LA CRUZ DE MADERA

LA LUCIÉRNAGA

I

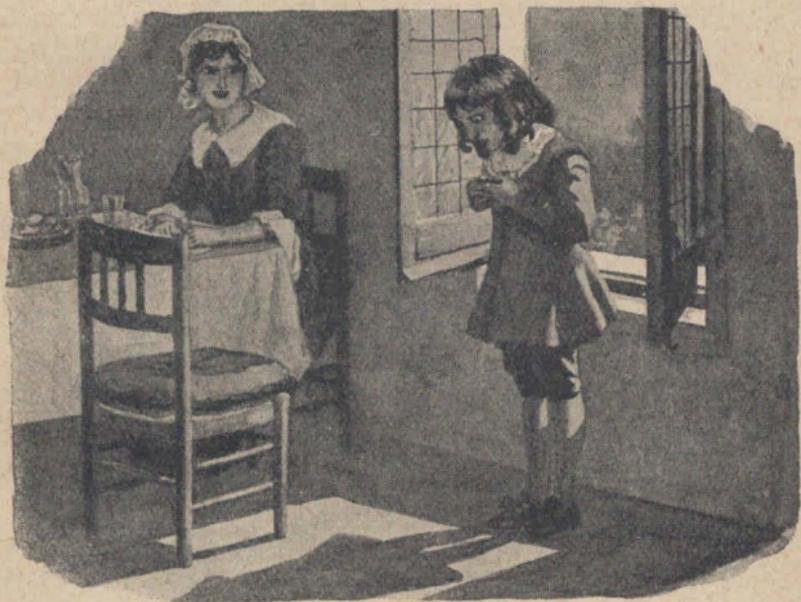
El día había sido sumamente caluroso, y, a la caída de la tarde, sentóse María, triste y pensativa, junto a una de las ventanas de su reducido aposento, para distraerse contemplando los hermosos árboles que, cargados de fruto, formaban una especie de toldo alrededor de su rústica vivienda.

María, que hacía ya algún tiempo que había perdido a su marido, había pasado algunas horas ocupada en amontonar la hierba segada aquella misma mañana y que el sol había secado ya en gran parte. Soplaba un viento fresco al través de los árboles, llevando al cuarto de la viuda el olor tan gustoso del heno pronto a recogerse, y anchas bandas rojizas, que semejaban un voraz incendio, ocultaban, a intervalos, el purísimo azul del cielo. El astro del día desapareció al fin tras las cumbres de las montañas y la luna, que estaba en su cuarto creciente, derramó en la habitación de María su nuevo esplendor, dibujando en el pavimento, esmeradamente limpio, los pequeños vidrios de la ventana y los pámpanos de la vid que le daba sombra.

Era una noche tan deliciosa como hermoso y espléndido había sido el día. La naturaleza ostentaba sus riquezas en todas partes, y todo auguraba un año fertilísimo.

María tenía un hijo único, precioso niño, de seis años de edad, llamado Fernando, que estaba apoyado contra la ventana, muy cerca de su madre. La luna iluminaba las rosas de sus mejillas y la hermosa cabellera roja que le caía en ligeros rizos sobre los hombros.

De pronto, se volvió el rapazuelo y quedóse muy admirado al ver su sombra delineada en el aposento, y se abotonó con alegría su chupa de escarlata, meneando



fuertemente la manga de la camisa, blanca como la nieve, lo que repetía de igual modo la sombra.

La pobre madre tenía mucha necesidad de descanso; pero la tristeza que oprimía su alma, alejaba de sus párpados el sueño. Apenas había tocado la cena, que consistía en cuajadillas y patatas cocidas en el rescoldo, y Fernandito, su hijo, que participaba del pesar de la madre, no comía tampoco, así es que dejó en seguida la cuchara, y se separó de la mesa, sobre la que se veían todavía el cuenco y media fuente de patatas.

María se había quedado viuda al principio de la primavera. Su marido, el joven más honrado de la aldea, había adquirido con el trabajo y los ahorros la pequeña propiedad que ella poseía entonces, y que él no había podido pagar inmediatamente, por lo que le había sido preciso tomar dinero prestado. El había plantado hermosos árboles frutales alrededor de la casa, y cultivado con esmero los campos que lo abastecían de pan y de las patatas necesarias para el consumo de la casa; había elegido, con preferencia a otras, a María para esposa, aunque era una pobre huérfana y no había recibido de sus padres otra dote que una buena educación, porque era la moza más recatada, modesta y laboriosa del concejo, y ambos habían vivido perfectamente unidos, poniendo siempre a Dios al frente de todas sus acciones. La prosperidad de sus negocios había colmado sus esperanzas, cuando se declaró una cruel epidemia en la aldea, y se llevó en pocos días al marido. La mujer estuvo también gravemente enferma y casi por milagro se salvó de la muerte, que hizo estragos terribles en el país.

Privada del auxilio de su marido, vióse en el mayor apuro, llegando a encontrarse en situación tan angustiosa, que estaba a punto de perder su pequeña hacienda, fruto de los ahorros comunes.

El marido había estado en otro tiempo, durante muchos años, al servicio del más acaudalado arrendador de la aldea, y se había conquistado, con su conducta y aplicación al trabajo, la estimación del amo, quien le prestó trescientos florines para que comprara el terreno que cultivaba cuando le sorprendió la muerte. Este dinero debía pagarlo el joven labrador, la mitad en jornales y la otra mitad en metálico, a razón de veinticinco florines cada año, hasta extinguir la deuda, condiciones que cumplió con exactitud hasta que cayó enfermo. Al morir él, la deuda sólo ascendía a cincuenta florines, y de todo ello estaba perfectamente enterada María.

Desgraciadamente, murió el arrendador de la misma enfermedad, y sus herederos, un yerno y una hija, encontraron entre sus papeles el crédito de los trescientos florines que el joven labrador había recibido de él. Como desconocían el convenio hecho entre ambos difuntos y la cantidad que había sido ya pagada, reclamaron de la joven viuda los trescientos florines.

La desgraciada mujer profirió un grito de espanto al oír tan injusta reclamación, y tomó a Dios por testigo de la verdad que ella iba a decir a ambos herederos, a quienes declaró que su difunto marido había pagado todo excepto la cantidad de cincuenta florines, pero no la creyeron. El heredero le llamó embustera descarada, y le envió una citación para que compareciera ante la justicia.

Como María carecía de pruebas escritas que poder exhibir para justificar que su difunto esposo había pagado realmente doscientos cincuenta florines, fué condenada a entregar a los herederos la cantidad completa señalándole para el pago un plazo muy breve.

La desgraciada María, que no poseía más que la casita y la tierrecilla contigua, fué amenazada con la venta de aquella pequeña hacienda, y los codiciosos herederos no dejaron transcurrir mucho tiempo sin anunciar la subasta de la propiedad de la viuda.

En vano fué ésta a echarse a los pies de aquellas gentes inhumanas, y conjurarlas a que no la dejaran en la miseria, porque sólo logró repulsas.

La tarde en que la presentamos a nuestros jóvenes lectores, acababa de saber que se había señalado el siguiente día para la venta de su hacienda, y esto es lo que le ocasionaba tanta tristeza, cuando cansada de su trabajo se había sentado a la ventana.

En el exceso de su aflicción, ya contemplaba su posesión, ya echaba una mirada enternecida a la luna, ya fijaba sus llorosos ojos en su hijo. Su alma estaba como oprimida bajo el peso del más profundo sentimiento y el silencio que reinaba en torno suyo contribuía a acrecentar sus angustias.

—En otro tiempo — se decía a sí misma — no estaba tan triste durante estas hermosas noches; pero ahora parece que estoy en un sepulcro. Todo ha cambiado para mí. ¡Dios mío! ¡ese heno que acabo de amontonar no lo recogeré para uso mío; aquellas ciruelas amarillas que cogí esta mañana para Fernandito, son las últimas frutas que comeré aquí; y estos hermosos árboles, que mi marido injertó con tanto trabajo, van a servir para enriquecer a personas extrañas! ¡Esta noche será, pues, la última que mi hijo y yo pasaremos en esta casa, que mañana pertenecerá a otro! ¡Dios sabe en dónde dormiremos mañana, quizás al raso! — y las lágrimas brotaban de sus ojos en abundancia.

Fernandito, a quien la tristeza de la madre había conmovido, se acercó a ella y le dijo:

—No llore, mamá; ¿ha olvidado lo que mi padre nos repitió muchas veces al tiempo de morir? «No os desconsoléis, queridos míos, porque Dios es el padre y protector de las viudas y de los huérfanos. Invocadlo en la necesidad y no os abandonará». Pues bien, invoquemos al Señor y El acudirá en nuestro socorro.

—Sí, hijo mío, es verdad, Dios es efectivamente el padre y protector de las viudas y de los huérfanos.

—¿Por qué llora entonces tanto? Invoque al Señor, y El nos socorrerá. Cuando yo estaba con mi padre en el monte, y necesitaba algo, cuando tenía hambre o se me clavaba una espina en el pie, iba a buscarlo y no lloraba. Le rogaba que me socorriera, y él, dejando en seguida el hacha, me daba pan o me arrancaba la espina. Lo mismo debemos hacer con el Señor, que se complace en aliviarnos, porque no es tan bárbaro como

el hombre rico ante quien nos hemos arrodillado los dos implorando su piedad, y que nos habría echado quizás a patadas si hubiéramos insistido. ¿Cree usted que el Señor no es bastante poderoso? Es mucho más rico y poderoso que el arrendador, y, si quiere convencerse, mire un poco por la ventana y vea el cielo, la luna y las estrellas, que valen más que todos los tesoros del mundo: todas esas maravillas son suyas. ¿A qué llorar así y desconsolarnos? Mi padre me dijo muchas veces que todo el universo era obra de las manos de Dios y está sujeto a su voluntad. Roguémosle, pues, y verá como nos socorre. Empiece usted la primera y yo la seguiré. Más conseguiremos rogando a Dios que pidiendo al hombre rico.

—Sí, ángel mío, tienes razón — le dijo la madre, enjugándose las lágrimas, y dando entrada en su corazón a la esperanza.

Luego, extendió ella las manos hacia el crucifijo, y elevó al cielo sus ojos enrojecidos por el llanto; el niño la imitó, y la luna alumbró a los dos desdichados, que se pusieron de rodillas.

La madre empezó a orar, y el niño repitió las palabras que ella iba diciendo.

—¡Oh padre nuestro que estás en los cielos! Dignaos mirar con misericordia a una desgraciada viuda y a su hijo, a una madre desventurada y a un huerfanito. Nos encontramos en el mayor apuro, y no tenemos ya recurso alguno en la tierra. Vos mismo habéis dicho: «llamad y os abrirán». A vos sólo podemos dirigirnos en este conflicto. ¡Ah! ¡no nos desamparéis! No permitáis que quiten a un pobre huérfano la herencia que su padre le ha dejado, y si es ésta vuestra santa voluntad, concedednos en otra parte un pequeño sitio en la tierra, y dadnos fuerzas para soportar esta prueba terrible, cuando, obligados a salir de aquí, contemplemos por última vez desde lo alto de la colina nuestra casa.

No pudiendo continuar María su oración, porque los

sollozos la sofocaban, permaneció arrodillada ante la imagen del Salvador, con la vista clavada en el árbol sagrado de redención.

De repente, empezó Fernandito a gritar, mostrando algo con el dedo :

—¡ Madre ! ¡ Mire usted ! ¿ qué es eso ? Es una lucecita, es una estrellita que viene volando hacia nosotros. ¡ Ah ! Entra en el cuarto. ¡ Cuán vivo es su resplandor ! Es una luz verdusca, casi tan brillante como el lucero de la tarde. Ahora se arrastra por el suelo. ¡ Es cosa singular ! No he visto nunca cosa semejante.

—Es una luciérnaga — le respondió la madre—. Durante el día es un insectillo como otro cualquiera, que nada tiene de notable ; pero, durante la obscuridad de la noche, esparce ese brillo que ves y que tanto te maravilla.

—¿ Puedo cogerla, madre ? ¿ no me morderá ? ¿ no me quemará las manos ?

—Puedes cogerla, hijo mío ; no te hará daño ni te quemará. Este insectillo demuestra, como todos los demás mayores animales, la omnipotencia de Dios.

III

La aparición de la luciérnaga había puesto alegre al niño, quien, obtenido el permiso de su madre, se dirigió hacia el animalejo para cogerlo ; pero éste no cesaba de moverse, yendo de un lado a otro.

En el momento en que Fernandito se disponía a apoderarse de la luciérnaga, fué ésta a ocultarse debajo de un armario que estaba muy arrimado a la pared.

—¡ Ah ! ¡ es cosa fuerte ! ¡ siempre se me escapa ! — exclamó el niño arrodillándose, y alargando su bracito para cogerla—. La veo muy bien — agregó— ; está allá abajo cerca de la pared, y alumbrá el suelo como si

fuera la luna ; pero no me es posible atraparla porque mi brazo es corto.

—Ten paciencia — le aconsejó la madre— ; ella saldrá de su escondrijo.

Esperó, efectivamente, Fernandito algunos instantes ; pero, impacientándose, se acercó a su madre, y le dijo con tono de súplica :

—Madre, le ruego que venga a coger esa pequeña



luciérnaga. Retire un poco el armario, y podré cogerla yo.

Accediendo a las súplicas del niño, se levantó María y retiró el armario. El rapazuelo se inclinó y cogió el animalillo, que le proporcionó más placer que el hallazgo de un hermoso diamante.

Pero la madre, al retirar el armario, había oído caer algo entre el mueble y la pared, y se aproximó a ver lo que era.

—¡ Gran Dios ! — exclamó al recogerlo—. Este es el socorro que habíamos solicitado. Esto va a poner tér-

mino a nuestras penas. Es el almanaque del año pasado, que he buscado inútilmente por todas partes. ¡Ah! Creía que durante mi enfermedad lo habían destruído como un objeto inútil, y con él podré demostrar que mi marido pagó las cantidades que me reclaman tan injustamente. ¿Quién hubiera creído esto? ¿Quién habría podido suponer que el almanaque estaba oculto detrás del armario que, desde que compramos la casa, no se ha movido de su sitio?

Encendió luego una luz, examinó el almanaque, llorando de gozo, y en él aparecía anotado cuanto había pagado su marido, tanto en dinero como en jornales, del puño y letra del arrendador, con las siguientes palabras:

«El día de San Martín, arreglé mi cuenta con Juan Blanco, quien ahora sólo me debe ya cincuenta florines, digo cincuenta florines.»

Es imposible describir la alegría que experimentó aquella dichosa madre al leer, hasta tres veces, aquellas palabras tan consoladoras. En el alborozo de su dicha, elevó sus manos al Cielo para dar gracias al Señor, abrazó a su hijo y exclamó:

—Fernando mío, bendice conmigo a Dios, porque ahora no podrán ya arrojarnos de nuestra casa.

—¡Ah! ¡qué contento estoy! — le respondió el niño—; pero a mí me debe el hallazgo de ese almanaque, porque, si no le hubiera rogado que retirara de la pared el armario, no lo habría encontrado jamás y hubiera permanecido oculto durante mucho tiempo.

La madre, casi confusa con esta indicación del niño, reflexionó unos instantes, y luego le dijo:

—Fernandito, hijo mío, es Dios quien ha hecho esto. Mientras orábamos, entró ese bicho reluciente en nuestro cuarto, y fué a alumbrar el sitio en que estaba oculto el objeto que va a sacarnos de apuros. Dios se ha apiadado de nosotros, las lágrimas que hemos derramado le han movido a compasión y se ha apresurado a venir en nuestro socorro. Su providencia vela incesan-

temente por las criaturas, y El dispone todas las cosas del modo que más nos conviene, porque nada acontece por un mero acaso en este mundo; ni siquiera un cabello cae de nuestra cabeza sin su voluntad. Acuérdate bien de todo esto en el curso de tu vida, y pon siempre tu confianza en El especialmente cuando te encuentres afligido. Le es fácil socorrernos y librarnos de nuestras penas, sin que necesite para ello enviarnos un ángel para salvarnos, puesto que puede hacerlo por medio de un insecto.

La alegría impidió a la viuda dormir aquella noche, y, apenas hubo amanecido, fué a ver al juez para darle cuenta de su hallazgo. Este llamó al heredero del arrendador, y le mostró la prueba de la completa honradez de la viuda. El heredero leyó y releyó lo escrito en el almanaque, reconoció la letra de su difunto suegro, y vióse obligado a confesar con vergüenza suya que María sólo le había dicho la verdad, cuando sostuvo que su marido había pagado todo excepto la cantidad de cincuenta florines. Se arrepintió entonces de haber calificado de embustera y de descarada a la honrada mujer, y el juez, abrazando el partido de la viuda, manifestó al arrendador que debía una reparación a esta última, por el mal que le había ocasionado, quitándole la reputación. El heredero del arrendador se mostró dispuesto a ello.

IV

Cuando la viuda refirió de qué modo había conseguido recuperar aquel almanaque, que le había devuelto el crédito y la hacienda, el juez, profundamente asombrado, no pudo menos de exclamar:

—El dedo de Dios ha intervenido en su favor, dispensándole una gracia, que usted debe agradecer con toda su alma.

El joven heredero, que estaba presente, conmovido casi hasta llorar, dijo a su vez:

—Sí, efectivamente, Dios es el protector de las viudas y de los huérfanos, pero es también su vengador. Perdóneme por haberla tratado con tanta dureza. He sido inducido a error; pero, en reparación del mal que le he hecho, le regalo los cincuenta florines que me debe todavía; y, si en lo sucesivo se encuentra usted en algún apuro, diríjase a mí, y estaré dispuesto a socorrerla, porque veo claramente que el que confía en el Señor es recompensado, y que esta confianza vale más que todo el dinero y riquezas del mundo. Deseo del mismo modo que Dios me socorra también, si en alguna ocasión me veo apurado, o si mi esposa se queda viuda y mis hijos huérfanos.

—Sí — respondió el juez —, tenga usted tanta confianza en El, y sea tan honrado como esta mujer, y el Señor no lo abandonará en sus apuros ni en sus aflicciones.

María volvió, pues, a entrar en posesión de su pequeña hacienda, que nadie le disputó en lo sucesivo; pero nunca olvidó la noche que había pasado llorando con su hijo, ni el socorro que le envió el Señor cuando estaba desesperada. Con frecuencia lo recordó a su hijo, diciéndole que a un insecto, tan insignificante al parecer, debía la dicha de conservar su casa.

Educado Fernando en las piadosas máximas de esta mujer que le ponía de manifiesto todas las virtudes del cristianismo con su conducta, fué en lo sucesivo un joven muy honrado y el consuelo de su madre. El mismo refirió muchas veces a sus amigos cómo el Señor les había dado una prueba de su bondad, llevando hasta el interior de su casa aquella luciérnaga, que había puesto término a sus tribulaciones.

—Invocad a Dios en vuestras necesidades — repetía frecuentemente el joven a todos sus amigos — y El se apresurará a socorremos.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.ª parte).
58. Héctor Servadac (2.ª parte).
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.